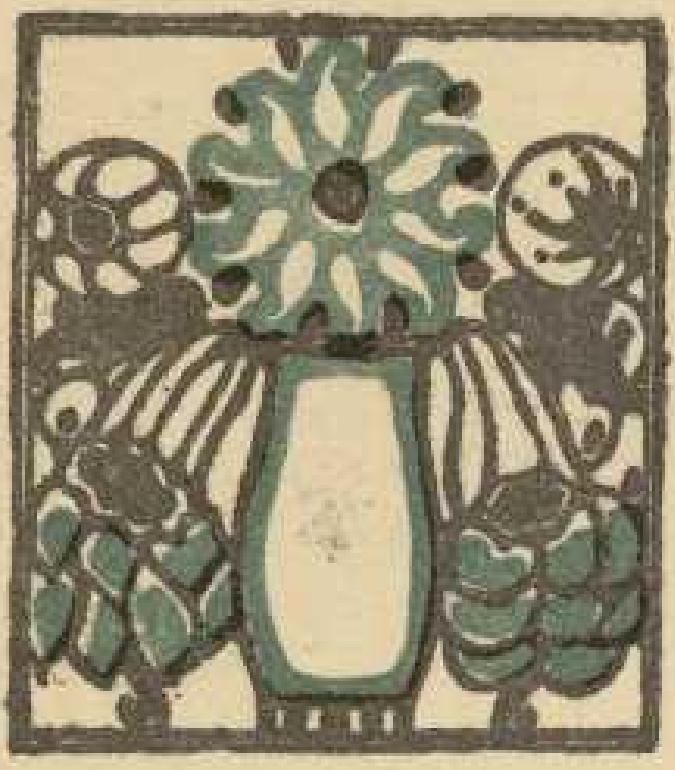
ANDREIEF

GAUDEAMUS

1A8609
DR6130



ESTRELLA

COLECCIÓN PALMA

ANDREIEF

GAUDEAMUS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

TRADUCCIÓN DE
G. PORTNOF

ILUSTRACIONES DE
BARRADAS

MADRID
MCMXX

Biblioteca Pública de Soria
6130

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY ESTRELLA, S. A. E., 1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28. — MADRID

PERSONAJES

El Estudiante viejo.

Dina Stern. }
Lilia. } Estudiantas.
Onúchina. }

Onofre. }
Staméskin. }
Tenor. }
Blojin. }
Kostik. } Estudiantes.
Kochetof. }
Petrovsky. }
Koslóf. }
Griñevich. }
Pankratief. }

Kapitán, criado.

Estudiantes y Estudiantas.

PERSONALES

PRIMER ACTO

Antes de levantar el telón, un coro de voces jóvenes, de hombre y de mujer, canta con fuerza y resolución:

¡Gaudeamus igitur
Juvenes dum sumus,
Post jucundam juventutem...

Se levanta el telón. En la escena, la casa de Dina Stern: salón ricamente amueblado; por la puerta abierta se ve el comedor con la mesa servida. Muchos cuadros, flores. Junto al piano, rodeando a Dina Stern, que toca, cantan estudiantes y estudiantas. Todos son paisanos, de la provincia de Starodubof. Dirige el Tenor. Sólo dos personajes, Staméskin y Onúchina, están sentados aparte.

Termina la canción:

Post molestam senectutem,
Nos habebit humus!...

TENOR. — ¡Basta! ¡Muy mal! No quiero dirigir más. Blojin desafina. Tú, Kostik, balas como un farolero borracho. Hay que dar juventud, seguri-

dad, alegría, altura, entusiasmo... *¡Gaudeamus igitur juvenes dum sumus!*... ¿Habéis oído? Como si clavasen clavos de oro en la pared. Y vosotros, ¿qué? Cantáis como pobres del asilo. *Imitándoles. ¡Hu-u-mus!*...

PETROVSKY. — Mientes, Tenor; cantamos bien, palabra de honor. *¡Gaudeamus!*...

TENOR. — *Desdeñosamente.* Calla, cerdo.

LILIA. — ¡Ay, no! Es tan bonita esta canción. Lo malo es que no entiendo todas las palabras. Onofre Nikolayevich, ¿qué quiere decir *humus?*

ONOFRE. — Tierra. Nuestra húmeda madre tierra.

KOSTIK. — *Que es el presidente.* Esto quiere decir: por muchas vueltas que deis, a todos os tragará la tierra...

TENOR. — Por eso mismo hay que alegrarse, y no aullar como perrillos recién nacidos, en el basurero.

KOSLÓF. — Es verdad.

KOSTIK. — No te enfades, Tenor. Cantamos como Dios nos da a entender. Otros cantan peor. ¿Por qué no cantas tú? Escatimas la voz para tus compañeros. No te cuides tanto.

DINA. — Es usted demasiado exigente, Alejandro Alejandrovich. A mi parecer, hemos cantado muy bien; pero, naturalmente, hubiese sido mucho mejor si nos hubiese ayudado. ¡Cante usted!

KOSLÓF. — ¡Canta, Tenor!

TENOR. — ¡Ja, ja, ja! No, todavía no sé cantar.

BLOJIN. — No escatimes la voz, Tenor, que con el ejercicio se fortalece.

ONOFRE. — Cállate, Sergio; mira que se van a acordar de que tú también has cantado, y eso no te conviene.

KOSTIK. — Señores, Blojin ha inventado una martingala: cuando cantamos se pone detrás de mí, me imita la voz, y así a él no se le oye y a mí me molesta. Zumba como un mosquito.

BLOJIN. — *Enojado.* ¡Idos al diablo!

Risas.

KOSLÓF. — A mi parecer, una vez que el Tenor no quiere cantar, hay que echarle del coro. ¡Encontraremos otro director, ea! Se le ha metido en esa cabezota de Tenor que con la voz va a conquistar él mundo, y tiembla de miedo.

TENOR. — ¡Y le conquistaré!

KOSLÓF. — Tiembla como una vieja delante de un cesto de huevos. ¡Ay, si se rompen! No bebe, no fuma, no come como los simples mortales... ¡se alimenta! Ayer le encontré en la calle, le pregunté una cosa... calla, y hace así con la cabeza. — ¿Qué te pasa, Tenor? — Silencio. Pienso que nuestro Tenor se ha vuelto loco; pero él, de pronto, me dice en voz baja: — Temo resfriarme con la humedad —. ¡Qué melindre tan repugnante!

DINA. — Pero sí que es verdad, Koslóf: la voz es cosa muy frágil, es preciso cuidarla.

KOSLÓF. — ¿Cuidarla? ¡Entonces que se vaya

al diablo! No quiero ser guardia de mi propia voz. ¡Valiente tesoro! Ya me veis a mí. Tengo una voz como...

TENOR. — ¡Ja, ja, ja! Como un macho cabrío.

KOSLÓF. — Pero, gracias a Dios, toda mi vida he cantado y cantaré, para que rabien todos mis enemigos.

ONOFRE. — Y para que se alegren todos tus amigos. ¡Eres un alma noble! *Señalando una silla que tiene una extraña forma de cuernos.* Dina, ¿se puede uno sentar en este chisme? Tiene un aspecto enigmático y hasta hostil... puede que no le guste que se le sienten encima.

DINA. — *Confusa*. Naturalmente, se puede, ¡qué tontería!

ONOFRE. — ¿Y no se enfada?

KOSTIK. — *Tristemente*. Su casa de usted está muy ricamente amueblada. Es usted estudiante como nosotros, y hasta paisana nuestra; pero vive usted como una baronesa, Dina Abramovna.

DINA. — *Ruborizándose.* Llámeme usted sencillamente Dina.

KOSTIK. — No vive usted como los estudiantes. ¿Ésta es la casa de sus padres de usted?

DINA. — Sí. No reparen ustedes. *Un poco confusa, sonríe clara y francamente.* A mí también me violenta un poco... ¡Pero son tonterías!

ONOFRE. — ¿Y no nos echarán sus padres de usted? Los padres son tan susceptibles como los tenores. ¿Recuerdas, Sergio, cómo tus padres nos echaron de casa, primero a mí y después a ti?

DINA. — No, no hay miedo. Mi padre no está en la ciudad: tiene grandes negocios y casi siempre está de viaje.

ONOFRE. — Eso es otra cosa. Sergio, tranquilízate.

DINA. — Pero sería igual aunque estuviese en casa; no nos haría caso. Está muy ocupado. Y mamá quería estar con nosotros, pero no la he dejado.

ONOFRE. — ¿Por qué? ¿Es una señora amable?

DINA. — Sí, es muy buena. . . y muy simpática. A decir verdad, le asustan un poco los cánticos; es decir, no los cánticos, el portero. Pero eso no importa.

KOCHETOF. — ¿Es muy severo con ustedes?

DINA. — ¿Quién? ¿Papá?

KOCHETOF. — No, el portero, que es más importante.

LILIA. — *Rápidamente.* Nosotros, en casa, tenemos un portero severísimo. Anoche, Vierochke y yo estuvimos llamando dos horas, y no nos quiso abrir.

PETROVSKY. — No oiría. Los porteros duermen profundamente.

LILIA. — Sí nos oyó. Estuvimos llamando dos horas.

ONOFRE. — ¿A ti qué te parece, Kosióf? Di la verdad.

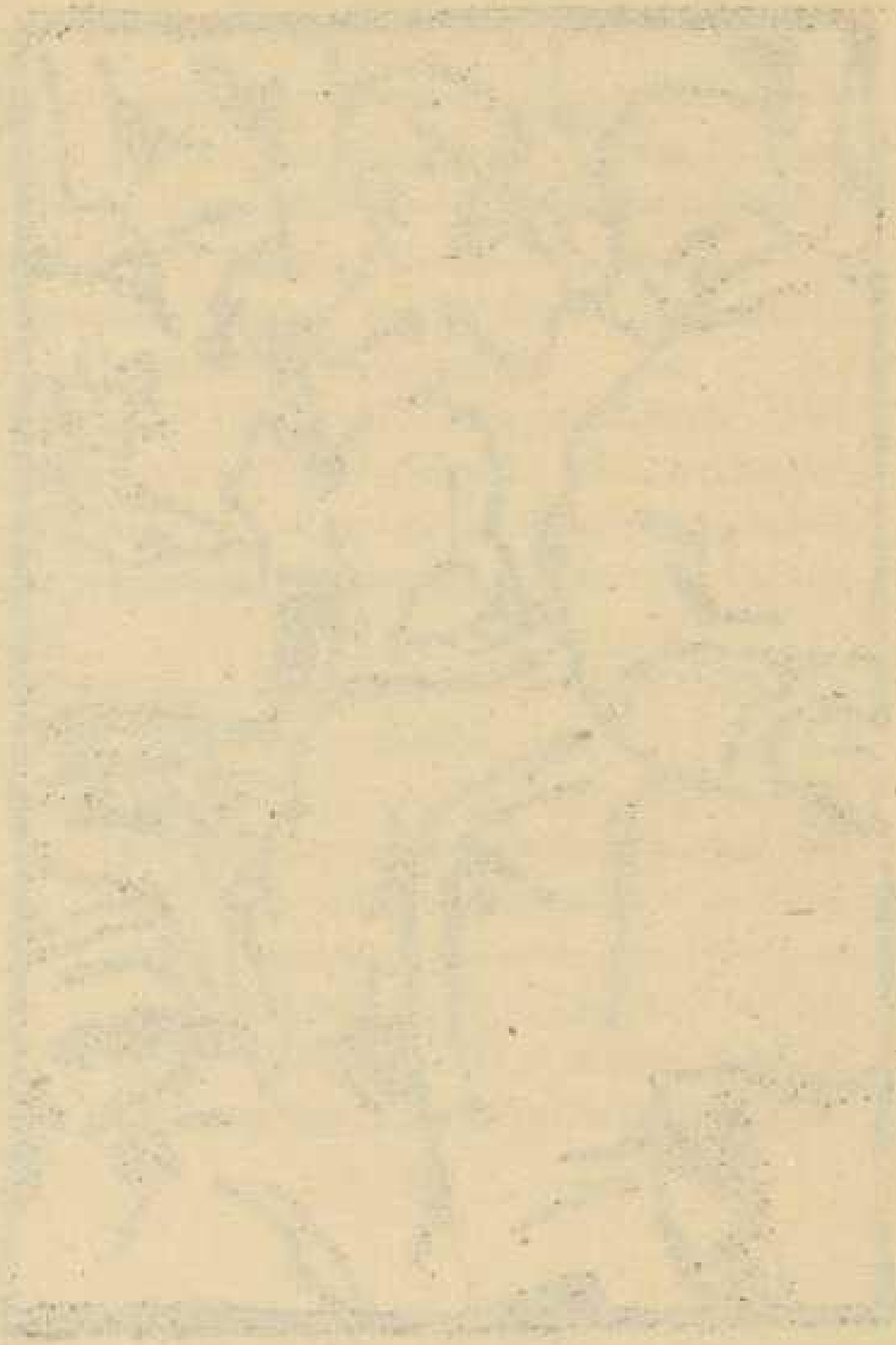
KOSLÓF. — ¡Qué había de oir!

LILIA. — *Enfadada.* Nos oyó, nos oyó, nos oyó; ustedes se ríen, pero nos hizo a propósito esa porquería. Vierochke y yo estábamos tiritando, dando diente con diente. Ya lleva un mes atormentándonos; quiere que le demos propina. Ya se la ha ganado. ¡Qué porquería!

ONOFRE. — Griñevich, dame un cigarro. ¿Por qué estás tan callado? Siéntate, charlaremos un poco. ¿Qué? ¿Se te arregló lo de la lección o no? Me la recomendaron mucho. . . ¡Qué mal tabaco gastas!

GRIÑEVICH. — Es barato. Gracias, Onofre; sí, me he quedado con la lección. . .

Sigue hablando en voz baja. Algunos de los estudiantes contemplan los cuadros. El Tenor, como si estuviese en su casa, se los enseña; enciende las luces; se oyen exclamaciones: «¡Levitan!» «¿Qué dices?» Satisfecho de sí mismo, sonríe el Tenor. Dina se sienta junto a Staméskin.



DINA. — ¿Por qué no ha cantado usted, Staméskin? *A Onúchina.* ¿Usted tampoco? ¿No se aburren ustedes?

STAMÉSKIN. — Yo no me aburro nunca. En cuanto empiezo a aburrirme, me marcho.

ONÚCHINA. — Yo tampoco. ¡Qué lujosa es su casa de usted, Dina! ¿No le molesta a usted este lujo? Yo no podría vivir aquí ni un solo día.

DINA. — Se puede vivir en una casa lujosa sin reparar en ello. Cuando yo estudiaba en el Gimnasio de Starodubof (1), vivía en casa de mi abuela, en un cuartito muy modesto; mi habitación aquí también es muy sencilla. Siempre estoy discutiendo por eso con mi padre. En otro tiempo vivió muy pobremente, y ahora quiere que todo lo que le rodea sea muy rico.

TENOR. — Dina, los paisanos quieren comer.

LILIA. — Miente, miente. Él es el que quiere

(1) Ciudad de Rusia.

comer. Nosotros estamos mirando los cuadros. ¡Qué encanto!

ONOFRE. — Los paisanos quieren beber.

DINA. — Ustedes perdonen, voy ahora mismo... Allí está todo preparado. Vamos al comedor, señores. Kochetof, Petrovsky... ¿Por qué está usted tan silencioso, Griñevich? No le oído a usted el metal de la voz.

BLOJIN. — *A Onofre, en voz baja.* ¡Espérate! Mira la mesa.

ONOFRE. — ¿Qué?

BLOJIN. — No hay *vodka*, y todo lo demás es tontería.

ONOFRE. — ¡Triste espectáculo! Pero, ¿qué se va a hacer? Beberemos lo que haya. Recuerda mis palabras, Sergio: todo lo que tenga forma de botella se puede beber.

BLOJIN. — ¿Y si es aceite?

DINA. — *Confusa.* Vamos al comedor, compañeros. Pero tengo que advertir una cosa: en mi

casa no entra la *vodka*. Vino, todo lo que ustedes quieran; pero la temo ¡es una cosa horrible!

KOSTIK. — Está bien... Vino; pues vino.

KOCHETOF. — Y tampoco hace falta. No es más que vicio.

ONOFRE. — ¿Oyes esto? ¡Ay! Pasó nuestro tiempo, Sergio. ¡Vino! ¡Y tampoco hace falta! A qué bajezas llega el hombre sobrio. ¿Eh?

BLOJIN. — Y Staméskin se alegra.

ONOFRE. — *Más enojado*. ¿A mí qué me importa que tú tengas la nariz romana? Yo la tengo griega. ¡Vino! ¿Soy acaso un caballo, para beber vino? Hace daño a la piel.

TENOR. — Hagan ustedes el favor, señores. ¿Por qué estás triste, Kostia? Sonríe.

PETROVSKY. — Ilumina el mundo con tu sonrisa.

KOSTIK. — No estoy triste. Es que tengo una cara fúnebre.

KOSLÓF. — ¿Por qué estás triste, Kostia?

PETROVSKY. — ¿Quién te ha ofendido, Kostia?

Empujándose y riendo pasan al comedor. Lilia se queda atrás.

LILIA. — *A Dina.* Dinochka, haga usted el favor de no darle vino a Griñevich; le sienta muy mal, se altera tanto... Yo he pedido a Onofre Nikolayevich que tenga cuidado, y yo también me sentaré junto a él; pero, de todos modos...

DINA. — Está bien, Lilichka; estaré a la mira. Pasa. *Lilia pasa al comedor; se quedan en la sala Staméskin, Onúchina y Dina, la cual trata de convencerles de que pasen también.* Hagan ustedes el favor, vamos. Beban ustedes siquiera un vaso de te.

STAMÉSKIN. — No, gracias.

ONÚCHINA. — Yo tampoco. Vaya usted con sus invitados. Es usted un ama de casa tan amable... Sin usted no saben qué hacerse.

DINA. — Pero hagan ustedes el favor de comer algo.

ONÚCHINA. — No, no, vaya usted. *Dina sale*

con indecisión. ¿No ha oído usted decir, Egor Ivanovich, que Dina se casa con ese Tenor? ¿Le parece a usted que ella ha elegido bien, o que va a hacer una tontería?

STAMÉSKIN. — No hago caso de chismes.

ONÚCHINA. — Yo tampoco. No me gusta la amabilidad de Dina; hay en ella algo desagradable... Coquetería. El ser tan bonita la echa a perder. Y ese... Tenor es insoportable. ¿Usted sabe? Ahora no tiene lecciones y pide dinero prestado a los paisanos. ¿Se lo darán?

STAMÉSKIN. — No, no se lo darán. Impediremos todos los préstamos.

ONÚCHINA. — ¿Todos?

STAMÉSKIN. — Todos.

ONÚCHINA. — Pero tenemos algunos paisanos muy pobres, Egor Ivanovich. Ya ve usted, Lilia... Lo sé yo: no come más que pan y te. ¡No tiene abrigo!

STAMÉSKIN. — Mientras tenga pan y te, ya es

bastante. De sobra sabe usted que el dinero le necesitamos para otras cosas.

ONÚCHINA. — Pero, Egor Ivanovich, no todo el mundo puede vivir como usted. Una vida así exige un poder de resistencia terrible, casi heroico.

STAMÉSKIN. — ¿Otra vez el heroísmo, Onúchina?

ONÚCHINA. — ¿Acaso se lo he dicho a usted alguda vez? Estaré equivocada, no será heroísmo, pero da igual. Usted no fuma, no toma usted te, casi no come usted. Y eso no es posible, Egor Ivanovich. Usted debe tener piedad de sí mismo. Aunque sólo sea para conservar la fuerza de trabajo. Panchim me ha dicho que come usted pan con aceite de hígado de bacalao. ¡Qué es eso!

STAMÉSKIN. — *Ruborizándose.* Es una cosa muy nutritiva y muy sabrosa; recuerda al salmón.

ONÚCHINA. — Ay, Egor Ivanovich, piense usted...

STAMÉSKIN. — *Secamente.* ¡Basta de gastrono-

mía, Onúchina! Y usted vaya a beber un vaso de te. Me parece que desde esta mañana no ha comido usted nada.

ONÚCHINA. — *Sinceramente.* Pero no quiero nada tampoco.

STAMÉSKIN. — Vaya usted.

Sale Dina rápidamente.

DINA. — Pero hagan ustedes el favor. Me desagrada tanto. . . Nosotros todos allí comiendo, y ustedes. . .

STAMÉSKIN. — Vaya usted, Onúchina.

ONÚCHINA. — Beberé sólo un poco de te. En seguida vuelvo.

DINA. — Haga usted el favor. *Onúchina sale.* ¿Y usted? Qué hombre tan testarudo. . . Casi me da usted miedo. ¿Me puedo sentar al lado de usted? Es usted tan severo.

STAMÉSKIN. — Tenga usted la bondad.

DINA. — Deseaba tanto hablar con usted, pedirle a usted consejo. ¿Le agrada a usted nues-

tra reunión de paisanos? Yo todavía no he estado en la Asamblea más que una vez, pero me ha encantado. . . y tenía miedo de hacer algo que no estuviese bien. Todos le estiman a usted, Staméskin, y hasta le temen, ¿lo sabe usted?

STAMÉSKIN. — Me interesa muy poco su opinión.

DINA. — Dicen que usted y sus partidarios quieren deshacer nuestra reunión de paisanos. ¿Acaso es verdad? Y dígame usted, Staméskin: ¿qué?. . . pero con sinceridad absoluta: ¿qué piensa usted de Alejandro Alejandrovich, de ese Tenor?

STAMÉSKIN. — No me agrada.

DINA. — *Con agitación.* Ay, ¿no es un hombre admirable? ¿Ha oído usted que él ha renunciado a cantar? Y siempre es así. Lleva una vida de asceta, tiene un carácter de hierro. . . ¿Se ríe usted?

STAMÉSKIN. — *Sonríe ligeramente.* El hierro se deforma pronto junto al fuego, Dina; a los 600°.

los lingotes de hierro ya se doblan y todo se derrumba. Es un arrivista.

DINA. — ¡No diga usted eso! ¡Usted no le conoce!

STAMÉSKIN. — Usted lo ha de ver.

DINA. — No es verdad. Usted sabe, Staméskin, que es un expósito, no tiene ni padres ni amigos, y todo se lo debe a sí mismo. ¡Si conociese usted su vida! No es vida, es una historia entera de privaciones, de luchas, de sufrimientos... Es verdad, algunas veces parece extraño... Ya vienen. Después...

ONÚCHINA — *Acercándose.* Allí no se puede parar. Ese Onofre Nikolayevich no hace más que decir tonterías imposibles, y cuando le pide uno que se calle, se ríe.

Los estudiantes, uno tras otro, salen del comedor.

TENOR. — *A voces.* ¡Dina, gracias! Nos hemos atracado.

LILIA. — Ay, Dinochka, el Tenor se ha comido todo el jamón él solo.

DINA. — *Con sonrisa forzada.* ¡Que le aproveche!

LILIA. — No he visto en mi vida comer tanto a nadie; tragaba carne como un antropófago.

KOSTIK. — ¿Por qué antropófago?

KOSLÓF. — No come para sí: come para la voz. Los tenores necesitan alimentación.

PETROVSKY. — ¡Dios lo sabe, hermanos! Una vez encontré debajo de la almohada del Tenor una longaniza. Lo juro. ¡Si al menos, el muy bárbaro, me hubiese dado una rajita!

TENOR. — ¡Cómo miente! ¿Para qué quieres la vida, Petrucha? Más vale que te mueras de hambre, y yo cantaré maravillosamente en tus funerales.

Canta bajito y se ríe.

ONOFRE. — *Trayendo una botella.* Aislémonos con este chisme. Tienes una inteligencia muy fría,

Sergio; pero aprende esto, que es costumbre en la alta sociedad: al salir de la mesa, cada invitado se lleva una botella. En el Palacio Real de Inglaterra todo el mundo procede así.

BLOJIN. — ¡Y yo, que no he cogido ninguna!

ONOFRE. — Me alteras. Coge una y tráela, y pide cigarrillos a Kostik. . . No sé quién se ha fumado los míos.

KOSTIK. — ¡Qué bien te has instalado, Onofre!

ONOFRE. — Hay que saber adaptarse a todas las situaciones, Kostik. Lilia Lilincha, protectora de todos los desdichados, defensora de los oprimidos, siéntese usted a mi lado; yo le descubriré a usted el misterio de mi vida.

LILIA. — Descúbramela usted, pero mienta usted un poco menos.

ONOFRE. — Dos hadas estaban aguardando mi nacimiento: el hada del orden y el hada de la austera sobriedad. Pero como yo tardé mucho en nacer, las dos perdieron la paciencia y se mar-

charon, y vino la tercera y trajo una botella de coñac — era un hada que acostumbraba a beber, ¿usted comprende? —; vino y. . .

Continúan hablando en voz baja. Lilia se ríe. Dina y el Tenor hablan aparte.

DINA. — No debes reparar en eso. . . ¿lo oyes? Que se rían, que bromeen. . . No me mires así. . . Se burlan, pero luego se arrepienten y se avergüenzan.

TENOR. — Ya lo sé; son buenos muchachos.

DINA. — No saben todavía lo que piensas hacer. No saben todavía que no quieres la voz ni para tu riqueza ni para tu orgullo, sino para darles a ellos alegría. ¡Qué poco te conocen!

TENOR. — ¿Qué más da? Hasta te has puesto pálida, Dina. . . No vale la pena. ¡Cuánto amor propio tienes! Acaso más que yo. ¡Ja, ja, ja!

DINA. — No te rías, no me gusta. Y no les digas nada, ¿oyes? Ni una palabra; si no, riño contigo. No mires así, me desagrada. . . Que piensen

que eres un hombre vano... ¡Arrivista! No cantes ni para mí, mientras no hayas aprendido del todo; no quiero oir cantar a aficionados.

TENOR. — ¡Oh! ¡Qué severidad!

DINA. — ¿Por qué has venido hoy sin chanclos? Te molesta que se burlen de ti... ¡Qué tontería! Cuídate tú, amor mío. Anda, vete, vete... y no mires con aires de César: todavía no has vencido. *El Tenor sale despacio. Dina llama.* ¡Lilia, ven aquí!

Le dice algo.

GRIÑEVICH. — *Quiere quitar a Onofre un vaso de vino.* ¡Trae aquí!

ONOFRE. — *No se lo da.* No, tío, es broma. Te iba a hacer daño.

GRIÑEVICH. — ¡Tontería! *Quiere quitar el vaso a Blojin, pero tampoco se lo da.* ¡Pero qué cerdos sois, hermanitos! ¿Os figuráis que si yo quisiera beber os iba a necesitar a vosotros? ¡Mirad!

Pasa al comedor.

BLOJIN. — Allí ya no hay nada; he cogido yo la última.

ONOFRE. — ¿Cómo ha podido cogerla, si Lilia no le ha quitado los ojos de encima? ¡Qué mal carácter! ¡A tu salud, Sergio!

BLOJIN. — A la tuya, Onofre.

DINA. — *Abrazando a Lilia.* Señores, quisiera decir a ustedes unas cuantas palabras...

LILIA. — Petrovsky, callaos ahí.

DINA. — No importa, Lilia. Compañeros, va a venir ahora mismo un caballero; es decir, no un caballero, un estudiante; no sé cómo decir...

PETROVSKY. — Principio de interés extraordinario. ¿En qué quedamos, Dina: es caballero o estudiante?

LILIA. — Petrovsky, no sea usted estúpido.

DINA. — No, muy en serio. Staméskin, Onúchina, tengan ustedes la bondad de escucharme; es un asunto referente a nuestra reunión de paisanos. El sábado tenemos reunión, y Alejandro Ale-

jandrovich y yo quisiéramos presentar a un nuevo compañero.

KOSTIK. — ¿De Starodubof?

TENOR. — No, de un poco más lejos.

KOSTIK. — Entonces no es posible, y no hay que hablar de ello. No podemos faltar al Reglamento.

GRIÑEVICH. — *Pasando junto a Onofre, en voz baja.* Estúpidas.

DINA. — Escúchenme ustedes: es muy amable, un hombre encantador, pero parece muy desgraciado. El caso es que tiene cuarenta años, ya tiene el pelo gris, casi blanco, y este otoño ha ingresado en la Universidad. ¡Es tan extraño y tan conmovedor verle vestido de estudiante!

KOSLÓF. — Permítame usted... Creo que he tropezado con él en la calle de Nikitskaya, y al verle pensé: «¡Qué estudiante es éste!» ¿De modo que es él?

LILIA. — Yo también le he visto en el teatro. Es admirable; a Vierochka y a mí nos gustó mucho.

STAMÉSKIN. — Me parece que estudia Derecho. Le he encontrado dos veces en la Universidad.

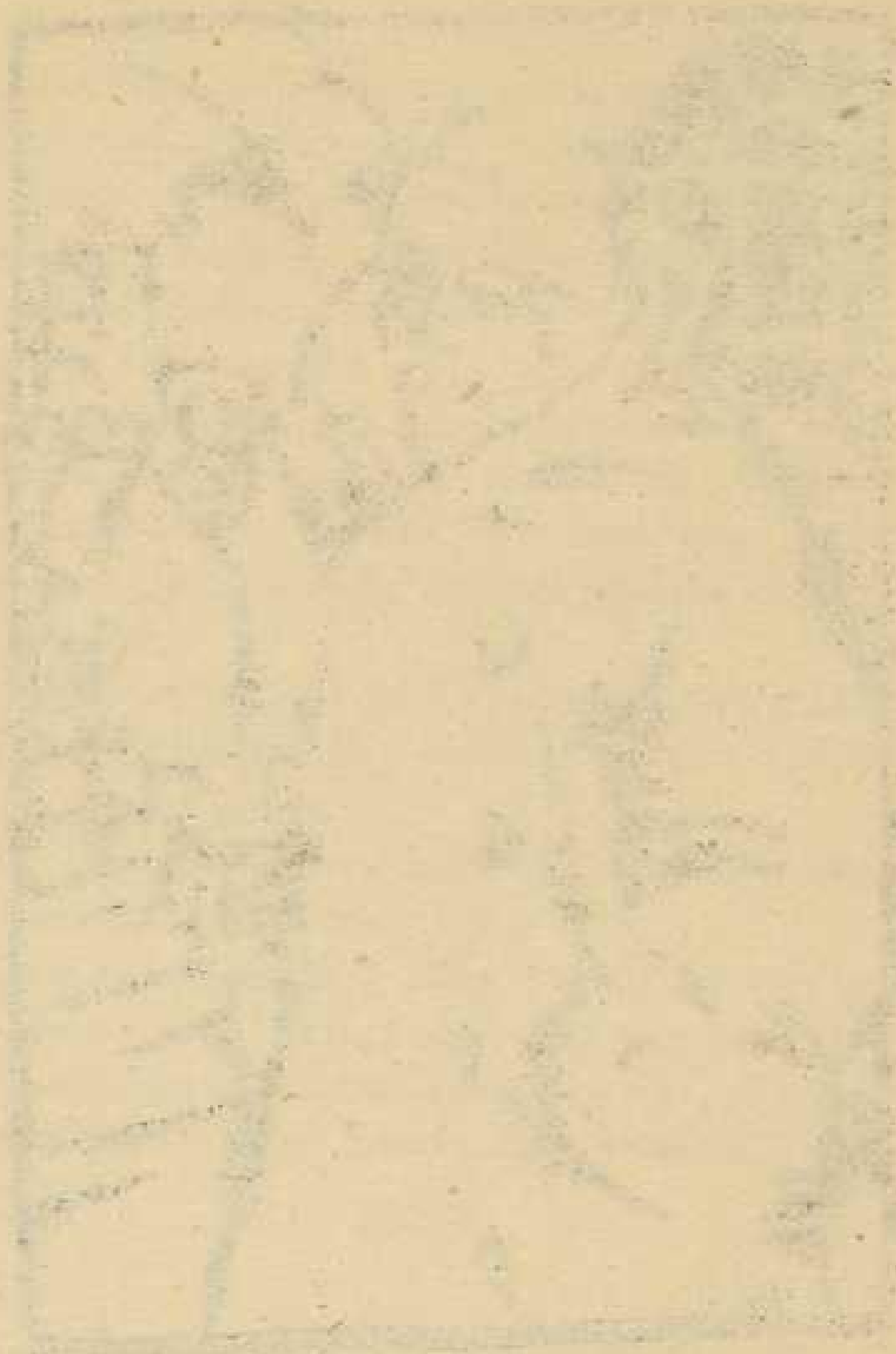
ONOFRE. — Asiste a clase; no es como tú, Sergio.

DINA. — Sí, es el mismo. Hace mucho tiempo, cuando era todavía estudiante, le desterraron a Siberia; allí se casó; pero la mujer y un niño que tuvo murieron no sé de qué, y ahora... bien, ya lo contará él; ¡habla con tanta emoción de todo ello! ¡Es muy bueno! Y quería que le conocieran ustedes antes de la reunión, porque además es muy interesante.

LILIA. — ¡Ya lo creo! Lo mismo que Fausto: era viejo, de repente se vuelve joven y va a clase como un estudiante.

PETROVSKY. — Joven del todo, no... ¿Acaso no tiene cuarenta y siete años?

DINA. — Cuarenta y siete o cuarenta y ocho; seguro no lo sé. Se ha conservado muy bien; tiene la cara joven, casi sin arrugas, y tan... limpia, y muy buena figura. *Sonríe.* Sabe vestirse.



TENOR. — Y a propósito: lleva el pelo muy corto... y yo, en su lugar, me dejaría melena para lucir ese hermoso pelo blanco. ¡Ja, ja, ja!

LILIA. — Lo esencial es que no sea calvo. Los calvos me dan miedo...

KOSLÓR. — ¿A qué viene todo esto?... Calvo o no calvo, aquí se trata de un asunto serio. ¿Tú qué piensas, Kostik?... Di tu opinión; como nuestro presidente que eres, te corresponde velar por el Reglamento.

KOSTIK. — No se le puede admitir. Por muy hermosas que tenga el alma y la cabellera, no siendo de Starodubof no puede entrar en nuestro grupo de paisanos. ¡Que se vaya con los suyos!

DINA. — No tiene ningún paisano; el Gimnasio donde él estudiaba en otro tiempo, se ha cerrado. Le han trasladado a otra ciudad.

ONOFRE. — ¡Es un Matusalén!

STAMÉSKIN. — Yo voto por la admisión. *A Onúchina.* ¿Usted también?

ONÚCHINA. — Yo también. Naturalmente, hay que admitirle.

KOSLÓF. — *Con aire amenazador.* ¿Con qué fundamento, Staméskin? Observo, en general, que usted y sus compañeros están ustedes dispuestos a prescindir del Reglamento. Ustedes hacen fracasar los préstamos. Exigen ustedes que se gaste el dinero para fines ajenos a nuestro grupo...

ONÚCHINA. — Nosotros no los consideramos ajenos.

PETROVSKY. — Señores, señores, esto no es la Asamblea. Tiempo tendrán ustedes el sábado de pelearse, gracias a Dios.

KOSLÓF. — *Enojado.* ¡Calla, tía! Me parece que Staméskin con sus distingos...

KOSTIK. — Espera, Koslóf. Staméskin, ¿no quiere usted explicar su punto de vista? Espera, Koslóf.

LILIA. — Yo también soy partidaria de que se admita al estudiante viejo.

KOSTIK. — ¡Tiempo tendrá usted, Lilia! Staméskin, tiene usted la palabra.

Staméskin se levanta, cruza las manos a la espalda y habla despacio con voz ligeramente gangosa.

STAMÉSKIN. — Me parece que ustedes, señores, se colocan en un punto de vista muy mezquino, en el cual se ahogarán ustedes pronto por falta de un fin verdaderamente vivo... En un tiempo en que todo el mundo desea unirse en grandes agrupaciones naturales, ustedes quieren establecer distinciones exteriores, insignificantes y hasta ridículas...

KOSLÓF. — *Con impaciencia.* Entonces, en opinión de usted, el uniforme de estudiante también es un distintivo exterior.

STAMÉSKIN. — Si usted no ha nacido para él, sí.

GRIÑEVICH. — Ustedes permitan: ¡quiero hablar! De la elección hablaremos después; pero díganme ustedes...

KOSTIK. — ¡Señores, esto no puede ser!

ONOFRE. — Déjalo, Kostik. De todas maneras, ahora no vas a conseguir nada. Habla, Griñevich, di todo lo que se te ocurra.

GRIÑEVICH. — Señor Staméskin, haga usted el favor de decirme por qué se ha callado usted cuando todos cantábamos.

Risas.

BLOJIN. — ¡Es verdad!

GRIÑEVICH. — No se rían ustedes; es mucho más serio de lo que ustedes creen. A mí me duele, ¡por eso lo digo! Yo soy hombre tímido, pero no puedo callar cuando el señor Staméskin, por principio, no quiere cantar. Y no sólo no canta, sino que desaprueba. ¿Es verdad o no es verdad, señor Staméskin?

STAMÉSKIN. — *Después de un momento de silencio.* Es verdad.

ONOFRE. — Eso es porque tiene la nariz romana, Sergio. ¡Perfil severo!

Ruido, risas, exclamaciones.

KOSTIK. — ¡Qué absurdo!

KOSLÓF. — Entonces hay que mandar al diablo no sólo las canciones, sino todo el arte.

ONOFRE. — Y las aves, ¿pueden cantar?

GRIÑEVICH. — ¿Qué aves?

ONOFRE. — Los gallos, por ejemplo.

GRIÑEVICH. — Señores, hay que tener seriedad... Staméskin, explíquese usted.

KOSLÓK. — Silencio, silencio.

STAMÉSKIN. — Permitan ustedes... No es el canto lo que censuro en lo que ustedes llaman sus canciones. Estos sonidos rítmicos, ya lentos, ya rápidos, hacen el efecto de un narcótico; ustedes no hacen más que emborracharse con ellos, y después o lloran ustedes como borrachos, o se ríen, pero no les inspiran a ustedes ni confianza en sí mismos ni respeto de sí mismos. Y por eso todas las canciones son dañosas para el que quiere tomar parte en la lucha actual y sabe dónde va.

GRIÑEVICH. — A la guerra van con música.

STAMÉSKIN. — A la guerra les llevan con música.

DINA. — ¿Y la *Marsellesa?* No olvide usted, Staméskin, que a veces canta todo un pueblo; muchedumbres enteras se unen en una sola canción.

STAMÉSKIN. — Pero vencen los que callan. ¡Ay, señores, ustedes han visto o les han contado que un pueblo entero iba al enemigo cantando canciones. . . y sentían ustedes angustia, pero más, alegría; cuando alguna vez vean ustedes cómo un pueblo entero, callando, se lanza al ataque, entonces sentirán ustedes el verdadero horror! ¡Ay, señores, el silencio de los valientes, ese es el verdadero espanto para sus enemigos!

ONOFRE. — *Entusiasmado.* ¡Eso es una nariz, Sergio!

KOCHETOF. — ¿Y cómo averiguar quién calla? ¿El valiente o el cobarde? Los cobardes tampoco son habladores.

STAMÉSKIN. — Por los hechos.

KOSLÓF. — Usted destruye la poesía de la lucha, Staméskin; usted le quita su belleza.

STAMÉSKIN. — *Sonriendo ligeramente.* No. Yo le doy vestiduras nuevas, sencillas y austeras. En lugar de andrajos de música y versos manidos, yo la envuelvo en la armadura del silencio terrible. ¡Ah, señores! El silencio, esa es la canción del rebelde.

DINA. — ¡Bravo!

Muchos se adhieren a su aprobación. Voces alegres.

ONOFRE. — ¿Qué, hermano Grimincha, te han dado en la cresta?

KOSLÓF. — La verdad, sea verdad o sea mentira, es interesante. Bravo, Staméskin.

ONOFRE. — Atrévete con él; ni Challasin le puede.

DINA. — Está muy bien, muy bien; bravo, Staméskin.

BLOJIN. — Bueno; pero en casa, ¿se puede cantar?

ONOFRE. — A ti, Sergio, ni en casa te lo aconsejo. Canta en silencio, hermano, que eso lo haces admirablemente. Entonces eres. . . temible.

Risas. Staméskin se ríe también de buen corazón.

STAMÉSKIN. — *Como recordando.* Se me ha olvidado decir: los que están enamorados, pueden cantar siempre.

Risas.

KOSTIK. — Pero nos hemos olvidado del paisano. Hay que decidir, señores.

DINA. — ¡Silencio!

Entra el Estudiante viejo.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Saludando.* Perdone usted, Dina, vengo un poco tarde. No he podido renunciar al placer de escuchar la *Traviata* hasta el fin.

DINA. — Buenas noches, Pedro Kusmich. Per-

mita usted que le presente... Son mis compañeros y paisanos. No están todos aquí; somos una reunión muy grande; treinta y cinco personas; Staméskin... Konstantin Ivanovich, nuestro presidente... Bueno, ellos mismos irán diciendo a usted luego cómo se llaman, porque si le digo a usted todos los nombres de una vez, no se va usted a acordar. ¿Quiere usted tomar te? Ahora mismo le habrá muy caliente.

ESTUDIANTE VIEJO. — Se lo agradezco a usted de todo corazón. Tomaré un vaso con mucho gusto. ¡Qué alegres están ustedes aquí! Desde la antesala he oído sus risas de ustedes tan alegres, tan jóvenes.

ONOFRE. — Sí, vamos viviendo. ¡A tu salud, Sergio!

Algunos segundos de silencio forzado.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿No estorbo, señores?

KOSLÓF. — No, de ninguna manera. Aparta un poco, Kostik, me sentaré aquí. ¿Con qué te lus-

tras las botas? ¿Con grasa o con brea? Huelen que apestan.

KOSTIK. — Con aceite de castor, hermano.

LILIA. — Diga usted, ¿no estaba en *Fausto* anteayer?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí. Yo también la vi a usted; estaba usted con una muchacha de cabello obscuro, una amiga, sin duda.

LILIA. — ¡Sí, con Vierochka! *Animándose.* Y diga usted, ¿cómo consiguió billete? Vierochka y yo estuvimos haciendo cola toda la noche... y lo conseguimos a duras penas. Es terriblemente difícil lograrle, cuando canta Challasin.

ESTUDIANTE VIEJO. — Yo también estuve haciendo cola toda la noche.

LILIA. — Y... ¿no se enfrió usted?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo.* ¿Por qué me iba a enfriar?

LILIA. — *Confusa.* Por nada... Es que... hacía tan mal tiempo...

DINA. — ¿Tanto le gusta a usted el teatro, Pedro Kusmich?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, me gusta mucho. *A todos.* Yo he pasado veinte años en un rincón donde no se sabe nada de teatro, y durante todo e tiempo que estuve allí, no pasó ni siquiera una compañía ambulante. Pero por los periódicos seguía el repertorio, y siempre sabía qué obras representaban en el Gran Teatro... Me gusta mucho la ópera.

DINA. — ¿Y qué le ha parecido a usted?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo y en voz baja.* No sé. La primera vez me emocioné mucho y veía mal. ¡Pero me gustó tanto!

LILIA. — ¡Ay, Dios mío! Veinte años enteros... y yo que no tengo más que diez y ocho.

KOSLÓF. — Catorce.

PETROVSKY. — Once.

BLOJIN. — Nueve.

Todos se ríen, pero inmediatamente reina un silencio forzado. El Estudiante viejo sonríe también levemente, y les contempla a todos con ojos bondadosos y un poco enamorados.

LILIA. — ¿Qué... les da a ustedes vergüenza? No les haga usted caso. Siempre son los mismos. Mañana se burlarán de usted lo mismo que hoy de mí. ¿Cuántos años tiene usted? ¿Cuarenta y ocho?

ESTUDIANTE VIEJO. — No, cuarenta y siete.

LILIA. — Pues ya verá usted: mañana empezarán a decir que tiene usted ochenta... ciento.

PETROVSKY. — Ciento veinte.

BLOJIN. — Mil cuatrocientos.

Otra vez una pausa corta y forzada.

DINA. — Alejandro Alejandrovich, haga usted el favor de enterarse de si hay te. En seguida habrá te caliente, Pedro Kusmich.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, tengo solamente cua-

renta y siete años. Claro que son muchos. A decir verdad, se me ha puesto muy pronto el pelo blanco; en nuestra familia todos encanecemos muy pronto; pero es igual: tengo cuarenta y siete años. Y si yo fuera ustedes, señores, no podría tampoco menos de reirme; sí, efectivamente, es un poco ridículo el que un hombre con el pelo tan gris lleve uniforme de estudiante: el traje de la juventud, el amanecer de la vida y de la fuerza. A veces, a mí mismo me hago el efecto de una vieja vestida de novia, con la flor de azahar en los cabellos blancos.

DINA. — Exagera usted, Pedro Kusmich; a mí me parece que hasta se da usted un poco de tono. Tiene usted la cara completamente joven.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Alegremente.* Si no me siento viejo; ¡de ninguna manera! Hablo únicamente de lo exterior, de lo que a diario me dice mi espejo, pequeño, pero cruel.

KOSTIK. — Eso no importa; pronto se acostum-

brará usted. Mire usted a nuestro Onofre—éste es—. Un día de éstos se le echarán encima los cincuenta, y ahí le tiene usted: florece como ortiga en cercado.

ONOFRE. — Lamentable calumnia, infecta como sus botas. La verdad del caso es que este otoño he ingresado en la Facultad de Filosofía, y por lo tanto, tengo diez y nueve años justos. Dentro de tres o cuatro años, si me lo permite mi carácter, ingresaré en la de Ciencias y tendré justos diez y nueve años. Si se tiene en cuenta que además de las Facultades citadas existen...

KOSLÓF. — Eso es un viaje de circunnavegación facultativa.

PETROVSKY. — ¡Atención, compañero! Tiene usted delante a un hombre sabio.

KOSTIK. — Una enciclopedia.

BLOJIN. — ¡Qué enciclopedia! ¡Una factura!

ONOFRE. — ¿A qué te das tono, Blojin? Si en diez años no has podido salir de una Facultad,

inclínate al menos ante quien se perfecciona infatigablemente. Yo empecé mal la vida, compañero: estudié para abogado.

STAMÉSKIN. — ¿Ha estado usted mucho tiempo en el destierro, Pedro Kusmich?

ESTUDIANTE VIEJO. — Me desterraron sólo por diez años, y hace mucho tiempo que hubiese podido volver; pero allí me casé, encontré un empleo y... Pero temo que esto no sea interesante para todos. Entre ustedes reina tan clara alegría, y mi historia es triste, y después de todo demasiado vulgar. No vale la pena de contarla.

DINA. — No, cuéntela usted, haga usted el favor. Señores, ¿quieren ustedes oir? ¿Staméskin, Onúchina?

ONÚCHINA. — Sí, con mucho gusto.

KOSLÓF. — Cuente usted, cuente usted; escuchamos todos.

ESTUDIANTE VIEJO. — Bien; contaré, si ustedes quieren, naturalmente, procurando ser breve. Us-

tedes saben que a nosotros, los viejos, nos encanta el recuerdo de las penas pasadas...

DINA. — Sin floreos, Pedro Kusmich.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Inclinando la cabeza.* Obedezco... Sí, en el destierro me casé, y tuve una chiquilla: Nadia... Ahora han muerto las dos: mi mujer y mi niña; puedo decir con orgullo que el destino me dió una felicidad extraña: encontrar en el camino, sembrado de abrojos, de mi vida, dos criaturas excelentes, dos almas claras, encantadoras, inocentes...

GRIÑEVICH. — «Esto pasó hace mucho tiempo... hace mucho tiempo, en el reino del mar...»

ESTUDIANTE VIEJO. — No, querido compañero; esto sucedió hace muy poco tiempo, y sucedió entre el frío, el barro y el tedio obscuro de una ciudad pequeña de Siberia. Y siempre me ha sorprendido, como uno de los enigmas de la vida, de dónde aquel alma solitaria, perdida en la obscuridad — hablo de mi mujer, Natacha —, de

dónde pudo sacar tanta luz clara, tan desinteresado y puro amor. Yo he estado en la Universidad, he conocido a muchas gentes buenas, sabias y honradas; he leído mucho, y mi vida se ha formado bajo la acción de todos estos factores favorables. Pero ella, ¿de dónde?... Maravilloso, pero hermoso enigma. Natacha nació en una hostería, oyendo únicamente las riñas de los cocheros, de los mercaderes borrachos; casi no sabía leer... hasta su misma muerte escribió con faltas de ortografía, y, naturalmente, no había leído nada... pero, créanme ustedes: nunca he encontrado a nadie que tuviese más amor a los libros, más alto y sagrado respeto al pensamiento humano.

DINA. — ¿Tenían ustedes muchos amigos?

ESTUDIANTE VIEJO. — No; ¿de dónde? Dos o tres desterrados, para los cuales Natacha era madre y hermana, y nadie más. Pero teníamos libros... todo el dinero le gastábamos en libros y revistas, y tenía una biblioteca muy bonita, com-

pañeros... Sí, libros; los amigos mejores y más leales. Cuando todo en derredor nuestro desfallecía en tedio, y la lluvia caía a torrentes, y el huracán azotaba las ventanas, Natacha y yo leíamos, llorábamos y reíamos, entregados al pensamiento creador del gran amigo... y nuestra casa era clara como un templo. Y... vino la muerte.

Se queda pensativo.

ONOFRE. — *En voz baja a Blojin.* Buen viejo; hay que admitirle. ¿Le admitimos, Sergio?

KOCHETOF. — ¿Y qué se ha hecho de sus libros de usted?

ESTUDIANTE VIEJO. —¿De mis libros? Los vendí para tener dinero para el viaje aquí, a Moscou. Vendí a mis amigos... ¿No les parece a ustedes qne esto es casi una traición? *Sonriendo.* Claro que no... Siempre los tengo en el alma.

KOSTIK. — ¡Claro que no los habrá usted vendido todos! Los preferidos, de seguro, los ha traído usted.

ESTUDIANTE VIEJO. — No; todos. Me hubiera sido muy difícil escoger, y eso sí que hubiese sido traición. No he querido, al entrar en mi nueva vida, conservar ninguna unión material con el pasado. Unos cuantos retratos de Natacha y de mi chiquilla y esta cabeza blanca... Eso es todo lo que me ha quedado de la vida que fué.

KOSLÓF. — De modo que... ¿empezar la vida desde el principio?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Gravemente.* Sí, desde el principio.

KOSTIK. — ¿Y no teme usted? Porque es asunto muy serio.

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, ya lo sé... No, no tengo miedo.

KOSTIK. — Sea enhorabuena, entonces. ¡Camino largo!

LILIA. — *Conmovida.* ¡Que Dios le ayude a usted! ¡Que Dios le ayude!

ONOFRE. — *Mueve la cabeza con tristeza.* Pues

no tiene cara de recién nacido. ¡Ay, más le valía ser calvo!

DINA. — Y diga usted... Si no le es a usted muy doloroso hablar de ello... ¿de qué murió su mujer de usted?

ESTUDIANTE VIEJO. — La niña volvió de la calle con difteria. Las dos murieron casi en una hora. Sí, murieron... y yo vendí los libros y me vine aquí. Por suerte me entregaron el sueldo de todo el tiempo que estuve enfermo, y ahora soy un hombre que tiene el pan seguro.

Sonríe.

LILIA. — ¿Es que ha estado usted enfermo mucho tiempo?

ESTUDIANTE VIEJO. — Casi un año. He estado en un Sanatorio para enfermedades mentales. *Silencio. El Estudiante viejo, dirigiéndose a Lilia.* En *Fausto*, donde estuvimos la misma noche, me acordé de Natacha. Yo le cantaba todas las óperas que había visto, hasta representaba algu-

nos pasajes, y *Fausto* le conocía muy bien... Me parece que usted, compañero, ha citado unos versos de Edgar-Poë.

GRIÑEVICH. — Sí.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Y usted sabe el final?... «Y en la obscuridad de la noche, yo siempre con ella, yo siempre con ella, con la inolvidable... con la amada... con mi amor...» *Sí.*

LILIA. — Venga usted a nuestra casa; yo vivo con Vierochka. Y yo iré también a casa de usted. ¿Quiere usted?

ESTUDIANTE VIEJO. — Me alegraré de todo corazón.

LILIA. — Le llamaré a usted Estudiante viejo. ¿Bien?

Se limpia las lágrimas.

PETROVSKY. — Nuestra Lilia se ha enternecido.

ONOFRE. — A ti no te importa, tú te callas. Ves, el público se calla.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Levantando la cabeza.* Sí... Compañeros, he venido a ustedes, acójanme. Es verdad, soy un poco viejo, y entre las cabezas negras de ustedes... la mía puede parecer extraña, y puede suscitar en ustedes pensamientos tristes... Pero yo, sinceramente entregado a la ciencia, amo con toda el alma la juventud y la risa, y seré en todo buen compañero. Admítanme ustedes.

Silencio.

KOSTIK. — *Tristemente.* Está bien. En nuestro Reglamento hay una nota al párrafo quince, y ateniéndonos a ella, por excepción, naturalmente, en estos casos...

KOSLÓF. — Lo reconozco.

Todos se ríen.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo.* ¿De qué se ríen?

DINA. — *Confusa.* De nada. Nuestro Konstantin Ivanovich es un formalista terrible, y si

hay algo que no esté en el Reglamento, él inmediatamente inventa una nota.

TENOR. — ¡Legislador!

Mientras sigue la conversación, Staméskin y Onúchina se despiden de Dina y salen.

KOSTIK. — Está bien, legislador. Hay que hacer las cosas en forma, porque después me pedirán ustedes cuentas. ¿Quién le recomienda?

LILIA. — Yo.

PETROVSKY. — *Con voz de falsete.* Yo y Vierodica.

KOSTIK. — No puede ser, Lilia; usted acaba de conocerle ahora mismo. Entonces todos podríamos recomendarle.

LILIA. — Pues recomendémosle todos... tanto mejor.

TENOR. — Pedro Kusmich, el te está listo. Vamos, le acompañaré a usted al comedor.

DINA. — ¡Eso es, vayan ustedes! ¿No quiere

usted, Pedro Kusmich? Yo iré con usted, le daré a usted algo de comer. Está usted cansado, pobrecillo. Le hemos mareado a usted.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Andando.* ¡Me conmueve tanto la cordial acogida de usted, Dina! Hoy, por primera vez, me siento realmente joven y cordialmente...

Entran en el comedor. En el salón, prolongado silencio.

ONOFRE. — Viejecillo.

KOCHETOF. — Sí, esa falta tiene.

BLOJIN. — Ca-canoso.

KOSLÓF. — Canoso. Y la barbita recortada para que se le note menos. Se va reanimando.

ONOFRE. — Va aleteando. *Suspira.* ¡Ay, ay, ay! ¡Ésta es la vida, Sergio! Vives, vives, no te das cuenta, y de repente te cae la nieve en la cabeza. Hace frío, cuidado, graznan los cuervos... ¡brr! No, no saldré nunca de la Universidad, en ella viviré y en ella moriré. No me quitaré la

tujurka (1), como no me la arranquen con sacacorchos, ¡palabra de honor!

PETROVSKY. — No está mal todavía, se sostiene.

ONOFRE. — ¡Ay! Admitámosle, claro está, admitámosle; pero os diré en conciencia: este viejo es peligroso; se enamorará, a pesar de sus canas. Y nos meterá en un berenjenal, del que no podremos salir ni con zancos.

LILIA. — Es una estupidez hablar así. Está enamorado de su mujer.

ONOFRE. — ¿De la muerta? Para amar sinceramente a los muertos hay que ser sepulturero. Y los de esa cuerda no pueden vivir sin amor, los conozco. ¡Ay, Lilia, Lillucha, alma mía querida!: ante el amor y ante el tiempo no hay hombre que no caiga.

---

(1) Una de las prendas del uniforme de los estudiantes rusos.

KOSLÓF. — *Canturrea.* «Nuestra vida es corta, todo se lo lleva; nuestra juventud, amigos, pasará como una flecha».

A las primeras notas de la canción sale apresuradamente el Estudiante viejo con un emparedado en la mano. Se une al coro; en sus ojos hay lágrimas de emoción. Sólo Onofre no canta.

CORO. — «Pasemos esta noche alegremente, amigos; únase estrechamente la familia estudiantil».

TELÓN

SEGUNDO ACTO

Invierno. Hotel amueblado en un hotel de la calle de Tverskaya. Habitación del Estudiante viejo, muy limpia, ordenadísima. Aparato de gimnasia sueca, y debajo del diván las pesas.

Es por la mañana; por las ventanas se ve que fuera hay una helada fuerte. Brilla rojizo sol de invierno. La habitación está caliente. Detrás de un tabique de tablas, que no llega al techo, se mueve el Tenor, que se ha despertado. Ha pasado allí la noche. Grazna, probándose la voz. En un diván pequeño y corto hay una almohada aplastada y un capote de estudiante. Acaban de traer a la habitación un samovar pequeño que está hirviendo, con el asa rota. Sobre la mesa, pan tierno, un periódico. El Estudiante viejo, lavado, limpio, echa en la tetera una cucharadita de te y la pone sobre el samovar.

ESTUDIANTE VIEJO. — Ea, levántate, Sacha; levántate, no te despereces ya más. Anímate y vístete. Yo ya he tenido tiempo hasta de hacer gim-

nasia... Levántate, ya está el te. ¿Qué clase de pan prefieres? He mandado traer un panecillo francés, pero puede que te guste el pan dulce; dímelo, le mandaré traer ahora mismo.

TENOR. — *Enojado.* ¡Déjame!

ESTUDIANTE VIEJO. — Ea, ea, no te enfades. ¡Qué mal genio tienes! Levántate, hijito. Cuanto más te empereces, peor para ti. Levántate y sal. Has dormido vestido, criatura de Dios.

TENOR. — No quiero lavarme.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo.* Bueno, hombre, no te laves; a tu gusto. Te he echado el te, ¿oyes? El pan está riquísimo, caliente.

TENOR. — Está bien, ya voy. ¡Pan! ¡Ay!

Sale de detrás del tabique sin lavar, con los cabellos en desorden, con aspecto tristísimo.

ESTUDIANTE VIEJO — Ahí tienes el te.

TENOR. — Está bien, ya le veo. *Bebe el te en silencio, come grandes bocados de pan. El Estu-*

diante viejo lee el periódico. Silencio. Con la boca llena. ¿Qué hay de nuevo?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Adelantándose.* Nada de particular. El artículo de fondo está muy bien, muy atrevido. ¿Quieres que te le lea mientras tomas el te?

TENOR. — *Comiendo.* ¡Que se vaya al diablo! ¿De nosotros no hay nada?

ESTUDIANTE VIEJO. — Me parece que no. ¿Quieres que lo busque?

TENOR. — No hace falta. ¿Qué hora es?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Mirando.* Las once menos diez.

TENOR. — ¡Aah! A ver qué reloj. ¿Es un regalo, no? Es bueno. ¿Cuánto darán por él en la casa de préstamos?

ESTUDIANTE VIEJO. — No sé; es regalo de mi mujer. ¿Cómo has dormido? Espera, me llevaré la almohada; ¿para qué va a estar aquí?

TENOR. — No he dormido mal. ¿Y tú, en el

diván? Corto es. Debías pedir otro más largo.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Bah! Ya estoy acostumbrado. Aquí vienen a dormir con frecuencia los amigos; anteayer pasaron aquí la noche Onofre y Blojin; ya era de noche cuando oí que llamaban a la puerta. . .

TENOR. — ¡Que se vayan al diablo! Yo, en tu lugar, les hubiese mandado a paseo. Cuéntame algo de la reunión, de la reunión de ayer.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Qué quieres que te cuente? Ya te lo he contado todo.

TENOR. — Cuéntalo otra vez, que ayer no sabías lo que te hablabas. De modo que han decidido eso: acudir todos a la Asamblea.

ESTUDIANTE VIEJO. — Así se ha decidido.

TENOR. — ¡Burros!

ESTUDIANTE VIEJO. — No, Sacha, es injusto; desde su punto de vista son lógicos. Pero repito lo que ayer les dije: no puedo comprender esa terquedad con que prescinden de las precauciones

más elementales. Hay hechos, mi propio caso, que nos enseñan cómo en toda la historia de semejantes agitaciones hubiera podido ahorrarse gran número de víctimas estériles, si no se hubiese desoído la voz de la prudencia. Por ejemplo, un hecho curioso, del cual he sido testigo presencial. En mil ochocientos. . .

TENOR. — Está bien. Pero, dime, ¿han decidido por unanimidad?

ESTUDIANTE VIEJO. — No; con gran asombro mío, Onofre Nikolayevich resultó hombre muy prudente y se adhirió a mi opinión.

TENOR. — Valiente mayoría tú y Onofre, ja. . . ja. . . ja. . . ¿Y él también pronunció un discurso? Me figuro que sería de perlas.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Y por qué no fuiste tu a la reunión?. . . Hubiéramos sido tres.

TENOR. — No fuí, porque no me dió la gana. ¿Acaso hablaron de mí?

ESTUDIANTE VIEJO. — Koslóf dijo: Nuestro Te-

nor ha tenido miedo; pero creo que nadie se fijó en sus palabras. ¡Ah, sí! Ahora recuerdo: alguien, no sé si Petrovsky, se echó a reir, y Dina dijo que tú estabas enfermo, que acababa de venir de tu casa. Después, cuando yo la acompañé...

TENOR. — ¿Tú la acompañaste?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, por casualidad. Yo la pregunté qué enfermedad tenías; ella me dijo que llevaba tres días sin verte, que ni siquiera duermes en tu casa. ¿Dónde estabas metido? Me intrigó mucho, Sacha; vengo, y estás aquí.

TENOR. — ¿La acompañaste hasta su misma casa?

ESTUDIANTE VIEJO. — Naturalmente... Y debo decirte, Alejandro Alejandrovich, como buen compañero, que estaba muy alterada de tu ausencia. Fué la primera vez que votó en favor de la Asamblea.

TENOR. — ¿La primera?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí... Pero una cosa me sorprendió ayer, y hasta me dolió, tengo que con-

fesarlo: observé algo extraño y completamente inusitado en el trato, por parte de los compañeros. Como si yo fuera un extraño y estuviese completamente de más. ¡Figúrate! De repente, Panchin — ¡qué muchacho tan desagradable y tan descarado! — empezó a decir no sé qué de los años que tengo; a decir verdad, le hicieron callar, y yo respondí que no hay dos lógicas, una para la mayor edad y otra para la menor, sino una sola, general y obligatoria... De todos modos, quedó allí algo violento; un paso tan desagradable. Te confieso que el discurso de Panchin me molestó de veras. ¿Dónde vas, Sacha?

TENOR. — Voy a echarme otra vez; me estaré todo el día en la cama. Estoy enfermo. Si alguien pregunta, di: «El Tenor está enfermo». Me duele la cabeza.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Quieres fenacetina? La tengo.

TENOR. — No, no hace falta. *Ya detrás del ta-*

bique. ¿De qué hablaste con ella por el camino?

Durante todo el tiempo, cuando se habla de Dina, el rostro del Estudiante viejo expresa emoción, mucho más fuerte porque se hace violencia para hablar con voz tranquila, y hasta se ríe

ESTUDIANTE VIEJO. — De nada, tonterías. Yo le contaba cosas. No quiso ir directamente a casa y paseamos un poco. *El Tenor se ríe fuerte.* ¿Qué te pasa?

TENOR. — Petrovsky anda diciendo a todo el mundo que estás enamorado de Dina. ¿Es verdad, viejecillo? Confiesa.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Se levanta y vuelve a sentarse en silencio. Le tiemblan las manos.* ¡Qué tontería! Si es broma, es muy desagradable. Yo sé de sobra que Dina Abramovna... te quiere a ti. Y es muy natural. Y si algo pienso, es sólo en esto: ¿serás capaz tú, Alejandro Alejandrovich, de apreciar este hermoso y altivo amor?

Debo decirte francamente, esperando que no interpretarás mal mis palabras: Es la primera vez que encuentro una muchacha tan pura y hechicera como Dina, con una hermosura tan deslumbrante, dotada de tan rica fuerza espiritual... y... te felicito sinceramente.

TENOR. — Y dime, viejecillo, ¿tu mujer se parecía a Dina?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Dolido, pero con la voz tranquila.* ¿Natacha? No; era completamente distinta. Era una muchacha modesta, quizá no muy hermosa, muy tímida con la gente, ingenua. Se podía pasar ante ella cien veces sin reparar en ella; pero si alguien llegaba a conocerla de cerca...

TENOR. — Me parece recordar que al principio hablabas de otro modo... decías que era guapa...

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Si? Te parecería a ti. No he podido nunca hablar de otro modo. ¿Cómo? ¡Si la recuerdo tan bien! ¡Si, la recuerdo! Recuer-

do sus ojos y su sonrisa, y su voz queda; ¡todo!, ¡todo! A decir verdad, toda mi vida aquélla se ha puesto gris; no sé por qué veo ahora más grises aquellas infinitas cosas grises. . . ¡pero a ella!

TENOR. —¡Ja, ja, ja! Y yo que creí que ya se te había olvidado. Te aseguro que antes hablabas de otro modo. Eres hipócrita, viejecillo.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, hombre. ¿Cómo no te da vergüenza decir eso? Olvidar, significar o hacer traición a Natacha. ¡Eso no puede ser! ¿Qué significa entonces el año pasado en la casa de locos? ¿También hipocresía? *Se ríe.* ¡Tenor, eres un mamarracho!

Sin llamar, entra cubierto de hielo Onofre. Viste un capote de paño muy usado y capuchón; trae las manos metidas en los bolsillos. Se dirige a la mesa y mira en silencio, sin mover la cabeza, que trae envuelta en las bandas del capuchón. Muy triste.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Ah, Onofre! ¿Eres tú?

ONOFRE. — Yo. ¿Estás en casa? *Se va a la antesala para quitarse el abrigo, y al pasar mira detrás del tabique.* ¿Estás ahi, Tenor? ¡Qué asno eres, hermano!

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, sí, estoy en casa, tomando te. Quítate pronto el abrigo; le tomarás tú también. ¿Vienes helado? Hoy parece que hiela de veras.

ONOFRE. — Tengo frío... Y tú, Tenor, tienes abrigo con esclavina... Vivís bien los tenores. *Entra.* ¿Dónde está aquí la estufa? ¡Ah, demasiado, se me había olvidado: aquí hay calefacción central! Electricidad, calefacción central, tenores con esclavina; no falta más que un cordel para ahorcarse... Venga el te, viejecillo.

ESTUDIANTE VIEJO. — Ya está servido. Coge tú el azúcar, no le he echado... Ahí, en ese paquete. ¿Por qué estás tan triste?

ONOFRE. — Por nada. Manda a buscar media

botella de *vodka*. ¿Tienes mucho dinero? Entonces manda a buscar una botella. Hace dos días que no pruebo bocado.

ESTUDIANTE VIEJO. — Ahora mismo; yo también beberé contigo una copita.

ONOFRE. — *Enojado.* ¿Por qué mientes, viejo? No puedes beber, y te das tono. Nadie te obliga a beber... Cállate.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Confuso.* No importa. De vez en cuando bebo con gusto.

ONOFRE. — Sí, de vez en cuando. Puedo beber solo, no te apures, no necesito ayuda. Espera... Manda traer también dos cebollas y cigarrillos de los buenos.

ESTUDIANTE VIEJO. — Está bien.

Sale. Onofre, perezosamente, bebe el te y se estremece; después mira irónicamente hacia el tabique.

ONOFRE. — ¿Tenor?

TENOR. — ¿Qué hay?

ONOFRE. — ¡Tenor!

TENOR. — ¿Pero qué quieres?

ONOFRE. — ¡La que te vas a ganar, Tenor!

TENOR. — ¿De quién?

ONOFRE. — De quien te lo mereces. ¿Por qué no fuiste ayer a la reunión? ¿Reniegas, eh? ¿Quieres estar en la camita cuidándote la vocecita? ¡Espérate, ella te leerá la cartilla!

TENOR. — Ja, ja, ja, qué miedo.

ONOFRE. — ¡Te leerá la cartilla! Cantarás para ella, aunque no estés en voz!

TENOR. — *Secamente.* No digas tonterías. ¡Eres un majadero!

ONOFRE. — ¡Te va a curar de golpe! ¡Te va a peinar la melena pelito a pelito! Ya has estado bastante en la cama caliente. Sal un poco al hielo, hermanito. Te volverá el sentido, granuja.

TENOR. — *Enojado.* Haz el favor de dejarme en paz.

ONOFRE. — Yo te dejaré; pero espérate, cuan-

do venga ella... Ya verás tú qué paz en cuanto llegue. Te aconsejo desde ahora que te metas debajo de la cama, y yo me acostaré en tu lugar, que tengo los nervios alterados.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Entrando.* ¿Te has animado un poco, Onofre? Inmediatamente traen la *vodka.*

ONOFRE. — *Tristemente.* Sí, un poco... ¿Qué novedad tienes ahí? ¿Un aparato de gimnasia?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, le compré ayer. Me gusta hacer gimnasia por las mañanas; ¡refresca tanto! Te la aconsejo, Onofre.

ONOFRE. — Ya estoy bastante fresco. ¿Te estás rejuveneciendo, viejecillo?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Ruborizándose.* Sí, me rejuvenezco.

ONOFRE. — Vaya... ¿De modo que a Schiller le has mandado a paseo, y en su lugar gimnasia sueca y masaje facial? ¡Bueno! De modo que de

la Universidad piensas pasar al Gimnasio, y del Gimnasio, derechito a los Jardines de la Infancia... ¿Hasta dónde piensas llegar? Mi inteligencia sobria no tiene fuerzas para comprenderlo.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Disimulando la confusión.* Ahora, cuando bebas, lo comprenderás. ¡Ay, Onofre, la vida se nos ha dado para vivirla!

ONOFRE. — ¡Qué novedad tan nueva! Eso, ¿lo has leído en el periódico?

TENOR. — *Saliendo detrás del tabique.* Ja, ja, ja. Onofre, cuando no está borracho y está triste, se mete con todo el mundo. Sirve tè, viejecillo.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Apresuradamente.* ¡Tonterías!... En seguida traen la *vodka.* Oye, Onofre, quería preguntarte... Ayer me marché antes que los demás: ¿de qué se habló después? ¿Dijeron algo de mí? Temo que ayer he puesto a mu-

chos en contra mía; estuve un poco violento, especialmente al contestar a ese Panchin...

ONOFRE. — No, no dijeron nada. ¿Qué iban a decir?

ESTUDIANTE VIEJO. — Ya sabes que fuí el único que me opuse... tú no dijiste nada, no hiciste más que votar conmigo; lo que me alegra mucho, Onofre.

ONOFRE. — Te opusiste... ¿y qué?

ESTUDIANTE VIEJO. — Por eso digo que tal vez estén molestos.

ONOFRE. — No.

TENOR. — El viejecillo siempre se inquieta; consuélale, Onofre.

ONOFRE. — No, no hablaron de ti. Pero en cambio hablaron de mí, aunque estaba delante... Se rieron de que hubiese votado contigo.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Se rieron? ¿Acaso es cosa de risa?

ONOFRE. — Puede que lo sea... Se rieron ale-

gremente. Hubo quien dijo que era triste; pero llorar, no lloraron. ¡Y no quiero hablar de eso! Me basta con lo que tengo encima, sin que vengas tú a dar vueltas como una bailarina. Siéntate y toma el te; voy a servirtelo. Yo serviré, pero haz el favor de sentarte. Me ocultas el horizonte, y mi espíritu geográfico no puede vivir sin horizontes, lo mismo que tu espíritu histórico no puede vivir sin hechos. ¡Bebe!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Se siente alarmado.* Me inquietas, Onofre.

ONOFRE. — No, ¡tú eres el que me inquietas a mí! ¿A qué habré venido a verte? Maldito sea el día, la semana, el mes, el año en que... ¡Ah!, Kapitán, se ha dignado usted aparecer.

El criado Kapitán, hombre mal vestido y triste, entra trayendo «vodka» y fiambres, que deja sobre la mesa.

KAPITÁN. — *Dejando unas monedas sobre la mesa.* La vuelta.

ONOFRE. — ¿Hace frío, Kapitán?

KAPITÁN. — En ese... bueno, en ese chisme de los grados que hay junto a la casa del general gobernador, marca 23 ó 26; no hay quien lo entienda. Al anochecer hará todavía más frío. Una helada terrible.

ONOFRE. — Triste optimista.

Sale Kapitán.

TENOR. — *A Onofre, que bebe «vodka».* Te va a dar fiebre, Onofre.

ONOFRE. — La fiebre es un fanatismo, y yo soy hombre frío. ¡A tu salud, viejecillo!... Y no me mires con esos ojos de gacela asustada, que me partes el corazón. Voy a empezar a aullar.

ESTUDIANTE VIEJO. — Me atormentas, Onofre. Fuera de broma: ¿dijeron algo malo de mí? Eso es muy importante para mí; ¡compréndeme, Onofre! Tú eres un hombre inteligente.

ONOFRE. — No, no dijeron nada.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Nada?

ONOFRE. — Nada.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo.* ¿Como si no existiese?

ONOFRE. — *Bebe.* Como si no existieses... ¿Por qué te inquietas hombre? No vale la pena, te lo digo en serio. Todos nosotros te queremos y te estimamos. Y si a veces alguno se ríe, tú mismo debes comprender que hay que reirse de cuando en cuando para no morirse de tedio.

ESTUDIANTE VIEJO. — Panchin dijo tonterías.

ONOFRE. — Pero nadie le hizo caso. Yo, en tu lugar, no me preocuparía, cogería un libro y me pondría a leer... Miradme a mí, que siento esa atracción irresistible hacia el ideal... *Tristemente.* y no tengo que comer. Hasta Blojin me ha hecho ya traición. ¡Eso es lo que me duele! *Bebe.* No tiene; es el más insignificante de los animales, un microorganismo, casi una bacteria, y se permite darse tono conmigo. ¡Eh!

Bebe.

TENOR. — ¿Estás enfadado?

ONOFRE. — Estoy enfadado.

TENOR. — ¿Y conmigo? ¡Ya veis que no he votado!

ONOFRE. — Ya sabemos que te cuidas la voz. Pero más vale que no te presentes delante de los compañeros. Kostik es el mejor de todos; pero ten cuidado con él, porque el mejor día te va a aplicar el Reglamento. Y hay otros peores.

El Tenor se levanta y anda de un lado para otro con inquietud.

TENOR. — *Deteniéndose.* ¿Y vas a ir a la Asamblea?

ONOFRE. — *Tristemente.* Iré... ¿Cómo no voy a ir?

ESTUDIANTE VIEJO. — Eres un hombre extraño. Entonces, ¿para votar en contra?

ONOFRE. — Por convicción. Porque estoy convencido de que es inoportuna. Hagan de mí lo

que quieran, pero no reniego de mis convicciones.

ESTUDIANTE VIEJO. — Entonces, ¿cómo vas a ir?

ONOFRE. — *Bebiendo.* Por principio. Si van los compañeros, ¿cómo no voy a ir? Después de todo, aunque no tengo la nariz griega, la tengo en su sitio. ¿En qué estás pensando?

El Tenor, tristemente, se mete detrás del tabique.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Levantándose.* ¡Pero eso es una tontería completa! No comprendo.

ONOFRE. — No hay nada que compreder. Está muy claro.

ESTUDIANTE VIEJO. — O yo, efectivamente, he dejado de observar algo, o he apreciado mal todo ello; pero hay algo en vuestra psicología que no llego a comprender.

ONOFRE. — Eso es precisamente que no has visto.

ESTUDIANTE VIEJO. — Pero, ¿qué? Haz el favor

de explicarte. He procurado mirar las cosas desde vuestro punto de vista, he renunciado a mis costumbres, he cambiado mi carácter, hasta mi manera de hablar... y de saludar. ¡Ay, si Natacha me viese, no me conocería... de tal modo me he unido con vosotros, vivo vuestra vida! Y a pesar de ello... *Se ríe.* ¡Qué tonterías!, ¡me inquieto y hablo Dios sabe qué! No me hagas caso. Bebe una copita, ¡ea! Sírveme otra a mí, me han entrado ganas de beber.

ONOFRE. — Si va en serio, con mucho gusto. No vayas a verterlo, te tiemblan las manos.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Vuelve a dejar la copa en la mesa y habla seriamente, inclinándose hacia Onofre.* Entonces, ¿qué: debo ir o no? Sé buen amigo, Onofre Nikolayevich; aconséjame, te lo pido en serio.

ONOFRE. — *Le mira después de un momento de silencio.* No seas infeliz.

Entra Lilia. Viste muy pobremente con un abrigo largo viejo, con el talle muy largo. Se ve que está hecho para una mujer más alta que ella. Viene tan helada, que ni siquiera puede quitarse los guantes rotos ni el abrigo.

ONOFRE. — *Tristemente.* Ha venido Lilia.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Qué hace usted parada Lilia? Quítese usted el abrigo. Cuánto me alegro de que haya usted venido. ¿Qué? No oigo.

LILIA. — *Sin voz.* No puedo; estoy helada.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Dios mío! ¿Cómo ha salido usted con esta helada? ¡Pobrecita mía! Deje usted que le ayude. ¡A ver los dedos ¡Ay, Señor! ¿Dónde están los botones de este abrigo?

LILIA. — No tiene botones. Es un imperdible.

ONOFRE. — Yo también. Entre los dos la sacaremos de las mantillas. ¡Ay, Lilia! Si fuera yo su ama de cría, no la dejaría a usted salir a la calle con esta envoltura, con esta helada. ¿No se le han

deshelado a usted los dedos? Frótaselos, viejecillo. ¿Y adónde diablos va usted? ¿A preparar el terreno? Ya lo prepararán sin usted. Puesto que no tiene usted ropa que ponerse, quédese usted en casa. ¡Bueno, ahora lágrimas!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Qué le pasa a usted, Lilia? ¿Qué tiene usted? ¿Ha sucedido algo?

LILIA. — *Llorando.* Me duelen mucho los dedos de los pies... no, no; no me quiten ustedes los chanclos, me tengo que marchar en seguida.

ONOFRE. — ¡Ah! ¿Usted cree que voy a consentirlo?

LILIA. — Los chanclos son de Vierochka.

ONOFRE. — No desaparecerán los chanclos de Vierochka; somos gente honrada; ¡ea!, ya está. No hay estufa, no la busque usted. Aquí gastamos calefacción central. ¡El diablo se la lleve!

LILIA. — Me calentaré las manos en el rayador. Nuestra patrona no nos pone lumbre.

ONOFRE. — Sí, ese es otro sistema: el más antiguo.

ESTUDIANTE VIEJO. — En seguida traerán otro asmovar. *Se acerca a la puerta.* ¡Kapitán! ¡Kapitán!

ONOFRE. — ¿Va usted entrando en calor?

LILIA. — Sí, ya estoy bien. ¡Ay, qué bien van nuestros asuntos! ¡Estoy tan contenta, tan contenta! ¡Al principio era tan difícil, ¿sabe usted?, llegar a ponerse de acuerdo! De todos los paisanos, únicamente dos se opusieron a la Asamblea... Pero usted no puede sentirlo; también está usted en contra.

ONOFRE. — *Tristemente.* En contra.

LILIA. — *Secamente.* Lo siento mucho.

ONOFRE. — *Secamente.* ¡Qué se le va a hacer!

LILIA. — No esperaba esto de usted. *Silencio.* ¿Staméskin no ha estado aquí todavía?

ONOFRE. — ¿Staméskin? ¿A qué? No; hasta ahora Dios ha tenido piedad de nosotros. *Al Estudiante viejo, que entra.* Oye, viejecillo, va a venir Staméskin.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Halagado*. ¿Staméskin? Me alegro mucho; pero ayer no dijeron nada...

LILIA. — ¡Ah! ¿No saben ustedes? Debo prevenirles. Es el caso que Staméskin por una parte, y nuestros Koslóf y Kochetof por otra, tienen que reunirse para tomar una resolución. Hoy tenemos otra vez reunión, y yo he avisado ya a casi todo el mundo...

ESTUDIANTE VIEJO. — Usted perdone, Lilia, no comprendo del todo. Entonces, ¿Koslóf y Kochetof van a venir también?

LILIA. — Naturalmente. ¿Qué es lo que no comprende usted? Como es seguro que reñirán, han decidido venir aquí, porque su casa de usted es terreno neutral.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Ah, vamos!

ONOFRE. — *Se ríe*. ¡Qué honra para ti, viejecillo! Eres para nosotros una especie de Suiza. Por tu causa se celebran reuniones y conferencias...

Los emigrantes pasan la noche en tu casa, y tú como si no supieras nada.

LILIA. — *Sin comprender.* ¿Qué emigrantes?... Onofre Nikolayevich, ¿qué es esto? *Vodka.*

ONOFRE. — *Vodka.*

LILIA. — ¿En un día como hoy? Es usted un mal compañero.

ONOFRE. — *Queriendo echarlo a broma.* ¿Para esto la he salvado a usted la vida?

LILIA. — Sus bromas de usted no me hacen ninguna gracia. Esto no lo esperaba de usted, no lo esperaba. *Enérgicamente.* ¡Es una porquería!

ONOFRE. — *Tristemente.* ¡Vayan ustedes todos a paseo! ¡Eh, Tenor! ¿Hay sitio para dos en tu cama? Quiero tumbarme.

LILIA. — ¿Tenor? ¿Acaso está aquí? Y ahora mismo me estaba preguntando Dina por él... ¡Ay, Señor! ¿Qué hora es? ¡Tengo que ir todavía a diez sitios; no voy a tener tiempo! ¿Dónde está mi abrigo? ¿Dónde le han puesto ustedes?

ONOFRE. — ¿De modo que otra vez al hielo?

LILIA. — *Poniéndose el abrigo y andando de una habitación a otra.* ¡No quiero hablar con usted!... Todo lo han desparramado ustedes. No encuentro nada. Señores, la reunión es en casa de Dina, a las siete y media; no se retrasen ustedes.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Bajando la voz.* ¿Y Dina, qué dice?

LILIA. — *Sin comprender.* ¡Es buena compañera! Nadie esperaba tanto de ella con su riqueza, con su hermosura; todos están muy satisfechos,..

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, sí, buena compañera. ¡Es admirable!

LILIA. — Tanto como admirable, pero en fin... ¡Malditos guantes, no entran! Ahí está Staméskin. *Dirigiéndose a Staméskin, que entra.* Koslóf y Kochetof aún no han venido.

STAMÉSKIN. — Esperaré. Salud, Pedro Kusmich.

ESTUDIANTE VIEJO. — Me alegro mucho de ver a usted, compañero. Quítese usted el abrigo. Hoy hace mucho frío.

Staméskin adelanta, saluda secamente a Onofre y después finge no hacerle caso ni haber visto la «vodka». Lilia, con el abrigo ya puesto, vuelve a entrar detrás de él.

LILIA. — Escuche usted, Staméskin. . . ¡Ay, qué guantes! ¿Son míos? ¡Míos!. . . Tengo que decirle a usted dos palabras.

Le habla en voz baja.

ONOFRE. — *En voz baja al Estudiante viejo.* Ya está aquí la nariz romana. ¡Qué austeridad! ¿Te has fijado en el modo de mirarme? Como la serpiente al pajarillo. Preferiría estar con un tigre dentro de una jaula. . .

ESTUDIANTE VIEJO. — Basta, Onofre. Le estimo.

ONOFRE. — ¿Y él a ti?. . . ¡Qué desagradable está tu casa, viejecillo! El diablo me ha traído aquí.

LILIA. — No lo olvide usted. . . Hasta la vista, Pedro Kusmich. ¡De usted, Onofre Nikolayevich, ni despedirme quiero!

Sale. Los estudiantes solos. Silencio forzado.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿No quiere usted te, Staméskin?

STAMÉSKIN. — No.

ONOFRE. — *Ostensiblemente se sirve una copita de licor y bebe.* ¡Qué de prisa se calienta la *vodka!* ¡No puedo sufrir la *vodka* tibia! *Silencio. Se sirve otra y habla indeciso.* ¿Y tú, viejecillo?, todavía está tu copa.

ESTUDIANTE VIEJO. — *No sabiendo qué hacer.* No sé. . . No, gracias, Onofre; por la mañana no puedo.

ONOFRE. — ¿Te da miedo la luz? ¿Esperas las tinieblas? Pues a mí no me asusta la claridad.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Apresuradamente.* Vuelvo en seguida, Staméskin; quiero prepararles a us-

tedes una habitación libre para que puedan ustedes hablar; Lilia ya me ha dicho de qué se trata; aquí no está bien... pero al lado hay una habitación desocupada.

STAMÉSKIN. — Está bien.

ONOFRE. — *Suplicante.* No te molestes, aquí también pueden hablar; yo me marcho.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sin comprender, señala con la vista al tabique.* No, Onofre, aquí no. Vuelvo en seguida. Un minuto, señores. *Sale. Detrás del tabique se ha ocultado el Tenor, que no respira. Staméskin hace como si no viera a Onofre, y Onofre hace como si no viese a Staméskin. Los dos miran inmóviles a la pared, pero se ve que el único que está molesto es Onofre. Silencio largo. Entrando.* ¡Ya está arreglado! Una habitación; allí no les molestará a ustedes nadie; hablen ustedes todo lo que quieran... A propósito, estimado compañero: respecto a lo de anoche, todavía no he tenido el gusto de oir su opinión so-

bre lo que hablé anoche. Por la decisión de los compañeros, puedo deducir que, por decirlo así, no tuvo éxito; pero me gustaría conocer la opinión de usted, porque estoy acostumbrado a respetarla.

Sonríe.

STAMÉSKIN. — No habló usted mal; se ve que antes tenía usted costumbre de hablar en público.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Halagado.* Le aseguro a usted que nunca... ésta ha sido la primera vez... pero el fondo, el fondo, Staméskin.

STAMÉSKIN. — Tampoco el fondo estaba mal. Por lo visto ha leído usted mucho, sabe usted algo, tiene usted bastante experiencia... Algunos de los hechos que usted expuso eran positivamente curiosos...

ESTUDIANTE VIEJO. — *Satisfecho.* ¡Sí, sí, naturalmente, hechos! Perdone usted que le interrumpa.

STAMÉSKIN. — Pero todo ello era superfluo, parecía una lección y no un discurso; debía usted haberlo pronunciado desde una cátedra; allí hubiera tenido éxito, y hasta le hubiera a usted aplaudido la juventud.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Disgustado.* Usted perdone, Staméskin: no comprendo esa distinción que usted establece entre lección y discurso, que es propiamente lo...

STAMÉSKIN. — En el momento mismo en que los demás se lanzan a la acción, usted se entretiene en discutir si las acciones son buenas o malas... esto ahora no nos hace falta.

Onofre mira irónicamente al Estudiante viejo.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Desesperado.* ¿Cómo no hace falta? No comprendo.

STAMÉSKIN. — No tengo ahora tiempo de explicarme, y además no es preciso. En este momento están demás las explicaciones.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Cómo ha de dar lo mismo? ¿Y los hechos, Staméskin? ¿Y la lógica? Porque existe la lógica, Staméskin... Pero, Onofre, ¿te has vuelto loco?

Onofre, que estaba mirando hacia el tabique, de repente se echa a reir a carcajadas y habla mirando a la mesa.

ONOFRE. — Hermano, ¡te va a leer la cartilla, te va a echar un sermón, te va a hacer cantar!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Furioso.* Pero, ¿te has vuelto loco? ¿De quién hablas?

ONOFRE. — *Tristemente.* De la lógica. ¿De quién voy a hablar?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Agitado.* ¡Eso no está bien, Onofre! Estoy hablando de cosas completamente serias, y tú te permites un comportamiento tan... extraño.

Silencio. Onofre, enojado, fuma nerviosamente un cigarrillo. Entran Koslóf y Kochetof.

KOSLÓF. — ¿Está usted ya aquí, Staméskin? Ahora mismo me quito el abrigo...

KOCHETOF. — Hemos llegado tarde; hubiera sido preciso ver a K. I. ¿Ha oído que han arrestado a Lojaridze? Salud, Pedro Kusmich.

STAMÉSKIN. — Sí, ya lo sé.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Tristemente.* Quítense ustedes los abrigos.

KOSLÓF. — *Entrando.* Ea, aquí estoy. ¡Salud, criaturas! ¿Ya estás tú con la *vodka?* ¡Qué cerdo eres, Onofre!

ONOFRE. — ¡A ti nadie te pregunta!

KOSLÓF. — ¿Pero no te da vergüenza? Después de esto, no vale la pena de hablar contigo... ¡cerdo!

ONOFRE. — Pues no hables.

KOSLÓF. — ¡Cerdo!

ONOFRE. — ¿Pero a ti quién te manda meterte en todo? No necesito sermones tuyos.

KOCHETOF. — *Moviendo la cabeza.* No estás

bien, Onofre. Uf, qué frío hace; no hay modo de calentarse las manos. Bueno, Pedro Kusmich, ¿podemos molestarle a usted?

ESTUDIANTE VIEJO. — Hagan ustedes el favor de seguirme; tienen ustedes una habitación libre, donde nadie les molestará. Pasen ustedes. Aquí tengo un enfermo, un amigo mío.

Salen. De detrás del tabique sale, sin hacer ruido, el Tenor, y se planta en actitud de Mefistófeles delante del triste Onofre.

TENOR. — ¡Ja, ja, ja! Te la has ganado, Onofre. Dice que eres un cerdo. ¡Ja, ja, ja!

Onofre mira al Tenor, primero con enojo, después con ironía.

TENOR. — Bebe otra copita, Onofre. ¡Ja, ja, ja!

ONOFRE. — *Gravemente.* ¿Sabes una cosa, Tenor?

TENOR. — ¿Qué?

ONOFRE. — Ponte el abrigo con esclavina, hermano... y echa a correr, ahora que el camino está libre.

TENOR. — *Intranquilo.* ¿Te parece?

ONOFRE. — Tengo un presentimiento. A través de tu risa ídiota oigo un aliento de fatalidad. ¡Sálvate, Tenor!

TENOR. — Sí, me marcho; será mejor.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Entrando, habla emocionado.* Ahí, por el corredor... viene una señora... parece Dina Stern... parece ella. *Arregla precipitadamente la habitación.* ¡Ay, Dios mío!... Por todas partes has dejado colillas.

Onofre se ríe a carcajadas. Él, rápidamente, se oculta detrás del tabique, cerrando tras de sí la puerta. Un ligero golpe en la puerta. Entra Dina.

DINA. — ¿Se puede?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Radiante.* ¡Sí, ya lo creo! Usted perdone, hay aquí un desorden...

DINA. — Tiene usted mucha gente en casa... en la antesala hay tantos abrigos.

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, Staméskin, Koslóf y

otros cuantos. Se celebra consejo en terreno neutral. *Sonríe alegremente.*

DINA. — *Con decepción.* ¡Ah, vamos! De modo que consejo, nada menos que en su casa de usted... ¿Qué es esto? *¿Vodka?*

ONOFRE. — *Vodka.*

ESTUDIANTE VIEJO. — *Desconcertado y con las manos temblorosas.* ¡Qué feliz soy, Dina! Por fin visita usted mi celda desamparada y solitaria. Se lo agradezco a usted de corazón, Dina; no puede ueted figurarse qué inmensa alegría me da usted. ¡Que Dios se lo pague!

DINA. — *Confusa y con cariño.* No tiene usted nada que agradecerme; yo también me alegro de haber venido... Hace mucho tiempo que quería hacerle a usted una visita; pero estoy tan ocupada... y por si era poco esto...

ESTUDIANTE VIEJO. — *Rogando.* ¡Quítese usted el abrigo!... Onofre, llama que traigan te en seguida... Hace un frío horrible.

DINA. — *Disimulando el desencanto.* ¿De veras? No sé... Tengo prisa...

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Quítese usted el abrigo! Haga usted el favor de darme el manguito... Manda que traigan azúcar, no hay.

DINA. — Está bien. Pero te no quiero; no voy a estar más que un minuto. *Se quita el abrigo.* Ea, cuénteme usted cómo se las arregla de amo de casa. Tiene una habitación muy bonita.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Con alegría.* Ya ve usted, siempre me he ocupado yo mismo del arreglo de la casa; nunca me ha gustado que el peso del trabajo doméstico caiga sobre una mujer. Esto no es justo; yo mismo iba a la compra con mi cestito; naturalmente, sólo los días de fiesta, porque los de trabajo...

DINA. — ¿De veras? ¡Qué bueno es usted! ¡Hay que quererle a usted por fuerza! ¿Y ese es el dormitorio de usted? Vive usted como un verdadero estudiante... ¿Siempre lleva usted en casa

el uniforme? Le sienta a usted muy bien la *tajurka*.

ESTUDIANTE VIEJO. — *En voz baja.* Soy estudiante, Dina. Siéntese usted en el diván. Permita, Onofre.

DINA. — Estoy aquí muy bien; no se moleste usted.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, no; siéntese usted en el diván; no tiene más que un muelle, pero... Siéntate, Onofre, ahí en el sillón.

ONOFRE. — ¿Llamo o no?

DINA. — No, no hace falta; no quiero te. ¿De modo que ésta es su casita?... ¿No se aburre usted siempre solo?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Por qué se figura usted que estoy solo siempre? Estoy siempre con los compañeros. Aquí tiene usted a Onofre, que es tan buen amigo. Blojin, Koslóf, vienen a menudo. ¡Pasamos algunas nochecitas! ¡Cantamos!

DINA. — *Con horror.* — Pero, ¿usted bebe, Pedro Kusmich?

ESTUDIANTE VIEJO. — No, Dina; es decir, sí: de vez en cuando una copita. . . Algunas veces quiere uno olvidar, Dina. ¡La vida es corta!

ONOFRE. — ¡Olvidar! ¡Qué fariseo eres, viejecillo!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Ríe y da unas palmaditas en el hombro a Onofre.* No murmures, compañero. Ya ha desaparecido toda la *vodka:* trae otra botellita.

DINA. — *Asombrada.* ¿Qué le pasa a usted, Pedro Kusmich? ¡Esto no lo esperaba! ¿Tendrá usted valor para beber? Entonces me marcho en seguida. ¡Vaya una copita!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Con desaliento.* No lo hago por mí; lo hago por Onofre. No se vaya usted, Dina.

ONOFRE. — Pero, ¡qué fariseo eres, viejecillo!

Silencio.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Ha dormido usted bien esta noche, Dina? La aburrí a usted con mis his-

torias... Son todas tan tristes... Usted debiera mandarme callar cuando me pongo fúnebre, ¿verdad?...

DINA. — *Con ligera coquetería.* No, de ningún modo. Me agradan tanto sus relatos de usted y su melancolía... Se tiene usted en poco, Pedro Kusmich; usted lee mucho... Pero, ¿cómo no veo aquí libros?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Ahí verá usted! He mandado a paseo todos los libros, y además tengo poco tiempo para leer.

ONOFRE. — Se entretiene en hacer gimnasia sueca.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Cállate, Onofre! ¡Además, escribo mi «Diario».

ONOFRE. — ¡Sus *Memorias!*

ESTUDIANTE VIEJO. — No... un «Diario» vulgar. Las *Memorias*, Onofre, son historias, y un «Diario»... es poesía lírica, secretos del alma, suspiros del corazón, de los cuales nadie tiene derecho a

enterarse. Tú eres un hombre prosaico y no comprendes.

DINA. — ¡Usted tiene luz eléctrica! ¿Y de qué escribe usted?... ¡Ah!, a propósito: ¿no ha estado aquí hoy Alejandrovich? Tengo un recado para él de un conocido... cuestión de música.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Volviendo en sí.* ¿Alejandro Alejandrovich?

DINA. — Sí. ¿Por qué mira usted así? Haga usted el favor de decirme por qué mira usted así. ¿Ha sucedido algo?... ¡Hable usted!

ONOFRE. — No ha sucedido nada. ¿Por qué en cuanto un hombre abre los ojos, inmediatamente tiene que haber ocurrido algo? *Amabilísimamente.* ¡Abre, viejecillo, abre!

ESTUDIANTE VIEJO. — No ha ocurrido nada. Alejandro Alejandrovich... no está bien del todo.

DINA. — ¿Qué tiene?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Nada, nada de particu-

lar! ¡Tranquilícese usted! Le duele un poco la cabeza. Está aquí conmigo.

ONOFRE. — Está echado. Tenor, ¿estás en la camita, hermano?

Silencio.

ESTUDIANTE VIEJO. — Le duele la cabeza.

Pálido, pero ya peinado, sale el Tenor y saluda sin hablar.

DINA. — ¿Está usted enfermo, Alejandro Alejandrovich?

TENOR. — No, estoy bien. Hablan en broma.

ESTUDIANTE VIEJO. — Alejandro, en realidad, no está bien del todo.

DINA. — Ya lo veo... ¡Qué bien instalado está usted, Pedro Kusmich!... ¿No echa usted de menos su Siberia? ¿Éstos son sus apuntes? ¡Qué aplicado es usted! Onofre, ¿sabe usted que da conferencias? Ea, tengo que marcharme; se me había olvidado por completo que tengo abajo un coche. ¿Dónde está mi abrigo? Usted tiene la

culpa, Pedro Kusmich, por ser tan hospitalario.

ONOFRE. — No se vaya usted, Dina; ¿a qué tanta prisa? Hoy hace un frío horrible; al cochero le despediremos nosotros; ¿verdad, viejecillo?

DINA. — ¿Usted cree que en el coche hace más frío que aquí?

ONOFRE. — ¡Incomparablemente! *Coge del brazo al Estudiante viejo.* ¡Vamos, tú!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Apoyándose en Onofre.* Usted perdone, Dina, un minuto.

DINA. — Haga usted el favor.

ONOFRE. — Ea, vamos. Haremos una visita a Staméskin, y te contaré una anécdota acabadita de salir del horno de la vida romana. Cuando Tarquino, el Soberbio... *Al salir, en voz baja.* No es posible, hijito: mira que se van a reir de ti. ¡«Diario», poesía lírica, no te remontes!

Dina y Tenor solos. Silencio.

DINA. — Todo lo comprendo, Alejandro Alejandrovich.

TENOR. — Más vale así.

DINA. — ¿Hace mucho tiempo que está usted escondido aquí?

TENOR. — Me parece que desde ayer por la noche... Sí, desde ayer por la noche.

DINA. — ¿Y no ha hecho usted más que estar tumbado ahí?

TENOR. — Exclusivamente. También he andado un poco.

DINA. — Y cuando he entrado, ¿ha seguido usted echado? Y cuando ha oído usted mi voz, ¿ha tenido usted valor de seguir? ¿No comprende usted en qué situación me coloca ante estos amigos? ¿No comprende usted en qué situación me puso ayer, cuando en la Asamblea dijeron: El Tenor es un cobarde, el Tenor se esconde, y yo me vi obligada a decir, mintiendo, que estaba usted enfermo?

TENOR. — ¿Amor propio, Dina?

DINA. — Sí, el amor propio, que usted, por des-

gracia, no tiene. Esconderse de mí, ahí, detrás de ese tabique, en cama ajena; contener la respiración, para que yo no me enterase. *Se ríe.* Ayer, después de la votación, decían que el Tenor deja de votar para que no se le eche a perder la voz... Ahora comprendo lo que querían decir. *Desdeñosamente.* Deme usted mi abrigo.

TENOR. — Me escondía para evitar una explicación. Sabía que no ha de conducir a nada; pero si usted quiere... no iré a la Asamblea.

DINA. — ¡Ah! A mí me parecía que sí iba usted a ir.

TENOR. — No, no iré. Usted sabe que por causa de mi talento he convertido mi vida en una cárcel.

DINA. — Lo sé.

TENOR. — Que me he sometido a un régimen más duro que el de una prisión. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué digo una prisión! Menos libertad tengo que un presidiario, y no quiero por esa historia absurda,

que me parece sin sentido... no quiero sacrificar mi talento.

DINA. — Y a mí me había parecido siempre que el talento es la libertad. Y no comprendo el talento que para desarrollarse necesita prisiones.

TENOR. — Siempre he sabido que no me querías. No tienes más que orgullo, y ni chispa de compasión ni de comprensión. Tú no me quieres.

DINA. — Creo que dice usted la verdad.

TENOR. — Tú misma debías haberme dicho: «No vayas. Ellos no van perdiendo nada, y en cambio tu vida y tu talento les son necesarios».

DINA. — ¿Sí? ¡Está muy bien! Pues a mí me parece que hay momentos en los cuales todos debemos marchar juntos, hasta los genios. ¿Qué piensa usted de eso, Alejandro Alejandrovich?

TENOR. — ¡Eso lo dice Staméskin! Tú no haces más que repetir sus palabras. ¡Ja, ja, ja!

DINA. — *Poniendose de pie.* ¡No, eso lo digo

yo; pero Staméskin dice otra cosa!... ¡Que es usted un cobarde y un arrivista.

Silencio.

TENOR. — ¿Y tú no le has abofeteado?

DINA. — ¿Por eso? Estoy de acuerdo con él.

Silencio.

TENOR. — ¿Me ha pedido usted que le dé el abrigo?

DINA. — Sí, haga usted el favor. No, no se moleste usted, puedo yo sola.

Llaman a la puerta.

DINA. — Adelante. ¡Ah, Pedro Kusmich! Ya me marcho.

ESTUDIANTE VIEJO. — No me atrevo a detenerla a usted.

DINA. — ¡Qué agradable es su casa de usted! Gracias, Onofre Nikolayevich; sí, ese es mi manguito. Muy agradable. ¿Esa es la alcoba de usted?

TENOR. — Sí. Ahí duerme nuestro viejecillo. *Se ríe forzadamente.* ¡Ja, ja, ja!

ONOFRE. — ¡Vaya, qué alegre está nuestro Tenor!

DINA. — *Alegremente.* Le he dicho que es un cobarde y un arrivista, y no le cabe la alegría en el cuerpo. ¡Adiós!

Sale rápidamente; el Estudiante viejo, apresuradamente se pone el abrigo y se precipita detrás de ella.

ESTUDIANTE VIEJO. — Dina, espere usted, yo la acompaño. ¡Ay, Señor, Dina! . . .

Sale. Silencio.

ONOFRE. — ¡Qué agilidad! Para eso sirve la gimnasia sueca. Se va sin chanclos. . . ¡Qué tontería!. . . ¡Qué, Tenor!, ¿andamos mal?

El Tenor da un fuerte puñetazo en la mesa, que hace caer los vasos.

TENOR. — ¡Me las pagará! *Casi sollozando.* ¡Me las pagará!

ONOFRE. — Véngate, véngate.

TENOR. — ¡Vais a saber todos quién es el Te-

nor! Vendréis a pedir perdón por haber ofendido a un hombre. ¿Por qué? ¿Por qué me ha insultado? Podía haberme dicho lo que le parecía, sencillamente; yo le hubiese explicado, hubiese comprendido... Podíamos no haber estado de acuerdo... Pero esto, ¿a qué? ¿Es que no me conoce?

ONOFRE. — La camita lo ha echado a perder. No has quedado en postura gallarda.

TENOR. — *Se sienta e inclina la cabeza.* ¡Es que soy tan cerdo! ¡Onofre, tú que eres justo, dímelo! Onofre, ¿soy tan cerdo?

ONOFRE. — *Pasándole la mano por la espalda.* ¡Sí, hermano, sí! ¡Un cerdo muy grande!...

TELÓN

TERCER ACTO

En el silencio del anochecer, en la habitación del Estudiante viejo. Está encendida la luz eléctrica. Silencio; todo está limpio y todo indica austeridad escrupulosa y ordenadísima de un hombre que ya va para viejo. El Estudiante viejo está sentado junto a la mesa, escribiendo en un cuaderno de hule; de vez en cuando levanta la cabeza gris y la echa hacia atrás; viste una *tujurka* gris, recién hecha, con camisa de seda clara con lunares. Se ve que no está bien de salud; tiene atado al cuello un pañuelo limpio; en los ojos, cansados, dolientes y entristecidos, se nota una ligera fiebre. Ha envejecido. Termina de escribir, y cuidadosamente cierra el cuaderno. Enciende una bujía y se mira en el espejo la garganta; cabecea, y quitándose el pañuelo, se pinta el cuello con tintura de iodo. Mira al reloj. Anda por la habitación. Se aburre. Llaman a la puerta.

ESTUDIANTE VIEJO. — Adelante. ¡Ah, si está cerrado! En seguida, en seguida abro. *Entra el criado Kapitán con paquetes.* ¿Es usted, Kapitán? A ver, ¿qué trae usted?

KAPITÁN. — Todo. Veinte kopekas de frambuesas secas; no dan menos en la farmacia.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Desatando los paquetes y cogiendo los frasquitos.* Está bien. Frambuesas... Amoníaco... Salicilato... Pero si le dije a usted que me trajese la quinina en sellos... ¿Cómo la voy a tomar? Siempre lo embarulla usted todo, Kapitán.

KAPITÁN. — Yo no sé; me lo han despachado por el papel que usted me dió. Había mucha gente en la botica y me costó mucho que me despacharan. Y el queso de... ¿Cómo diablo se llama?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿De Tilsitt?

KAPITÁN. — No le hay. Le he traido de Holanda, media bola. ¿Traigo el samovar ahora mismo o luego?

ESTUDIANTE VIEJO. — No, espere usted. Tomaré por la noche estas frambuesas; traiga usted otra tetera pequeña para hacer la infusión. Espe-

re usted. ¿Adónde va usted con tanta prisa? ¿Hay mucha gente por la calle?

KAPITÁN. — Muchísima. Unos van para arriba, otros para abajo, cada uno a su gusto. Las mozas relinchan como yeguas. Una va y me dice: «Caballero, ¿qué lleva usted ahí?» Y yo voy y la digo: «Aquí no hay caballeros; los caballeros van por la otra acera»; y me dejó en paz.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Está la calle muy iluminada?

KAPITÁN. — Aquí tenemos siempre mucha luz. Puede que en otros sitios esté obscureciendo, pero aquí siempre hay luz. A nosotros no nos gusta estar a obscuras, y puede que en otras partes esté más obscuro de día que aquí de noche.

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, es verdad. ¿Hiela?

KAPITÁN. — ¿Cómo va a helar, si está nevando? Está el tiempo célebre.

ESTUDIANTE VIEJO. — Prefiero que hiele. ¡Qué heladas teníamos en Siberia, Kapitán! ¡Esto no

s helar! Estaban los vidrios de las ventanas tan cubiertos de escarcha, que no veíamos la calle en todo el invierno.

KAPITÁN. — Y la leña, ¿costaba barata? Porque si la leña era barata...

ESTUDIANTE VIEJO. — La leña era barata... De buena gana saldría a dar un paseo, Kapitán; pero no puede ser: me duele la garganta. Me estaré en casa un par de días, y luego me aprovecharé. En la Universidad no se puede faltar mucho a clase, porque se atrasa uno.

KAPITÁN. — ¿Van ustedes a armar jaleo?

ESTUDIANTE VIEJO. — No, se ha suspendido.

KAPITÁN. — ¿Quién lo ha suspendido, la autoridad?

ESTUDIANTE VIEJO. — No, los mismos estudiantes. También la autoridad. Se ha conseguido llegar a un acuerdo. Más vale así, ¿verdad, Kapitán? Nos hubiéramos expuesto a que cerrasen la Universidad...

KAPITÁN. — Pues decían que se iba a armar jaleo.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, no habrá desórdenes. ¿Y para qué? Somos inteligentes y siempre hay medio de llegar a un acuerdo sin reñir. Sólo los salvajes... Espere usted, Kapitán. ¿Dónde va usted?

KAPITÁN. — Tengo que marcharme. ¿Qué hago aquí? Tengo que hacer.

ESTUDIANTE VIEJO. — Espere usted... ¿Qué más quería yo preguntarle a usted? ¡Ah, sí! ¿Hace mucho que conoce usted a Onofre Nikoayevich?

KAPITÁN. — ¿A Onofre Nikolayevich? ¿El que siempre está con los diablos? ¡Valiente estudiante! Ha vivido en este hotel, pero no paró mucho tiempo... le echaron. Le daban lástima los cangrejos.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Los cangrejos? ¿Por qué precisamente los cangrejos.

KAPITÁN. — Porque dice que miran hacia atrás, y que si uno no tiene lástima de ellos, ellos no pueden tenerse lástima a sí mismos. Una vez compró una cesta de cangrejos vivos, vivos del todo, negros, ¿sabe usted?, completamente vivos. ¡Y no se piense usted que los compró para nada bueno! Eso ni que pensarlo. De pronto le entró a lástima, casi lloraba. ¡Que den un paseo, que tienen derecho lo mismo que nosotros! ¡Figúrese usted, con el entendimiento que tiene un cangrejo! Los soltó y se metieron por todos los cuartos. Hubo que llamar a la autoridad, se armó el gran escándalo. *Tristemente.* Pero no pudieron formarle proceso, porque no sabían por dónde empezar. Merecía presidio, y aún es poco para él.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Riéndose.* Y ¡a usted qué le parece, Kapitán: ¿soy yo estudiante alegre o no?

KAPITÁN. — ¿Usted? Regular. Pero no parece

usted estudiante. ¿Estudiante a sus años de usted? En todo Moscou no encuentra usted otro.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Molesto.* Pero, ¿qué dice usted? ¡Qué tontería! Para estudiar nunca es tarde. El caso es tener deseo de estudiar. ¡Hum! Es usted un pesimista lúgubre, Kapitán.

KAPITÁN. — Como usted quiera; pero estudiantes a su edad de usted no los he visto nunca.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Muy molesto.* ¡Está bien! ¡Está bien! Tengo treinta y siete y cuatro décimas, y no tengo ganas de escuchar tonterías... Espere usted: cuando se vaya usted a acostar, venga usted a darme fricciones en la espalda.

KAPITÁN. — Yo no entiendo de eso.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Tontería! Yo le enseñaré a usted.

KAPITÁN. — Yo no entiendo de eso.

Sale con aire lúgubre. El Estudiante viejo coloca las medicinas en su sitio con mal humor; suspira, y poniéndose los lentes, abre el „Diario" por la última página que ha escrito. Lee en voz alta las primeras palabras, con voz insegura.

ESTUDIANTE VIEJO. — «8 de Diciembre. *Tose un poco.* 8 de Diciembre, por la noche. ¿Qué es la juventud, sino la canción primaveral del alma, que tiende los brazos al sol?... *Corrige alguna palabra y lee en voz alta y exaltada...* que tiende sus brazos al sol. Mi alma enamorada se agita, y en las alas de la fantasía me elevo más allá de las nubes, a las regiones del amor y la belleza, que creí ya eternamente cerradas para mí. Como chiquillo vehemente, que aparta con desdén los libros, porque lleva en sí mismo toda la riqueza y la belleza de la vida, yo ya no leo, sino medito, escribo, creo...» ¡Eh! esto no está bien: sale en verso. *Corrige.* «Ya no leo, sino es-

cribo, creo y me entrego a la meditación. Y aunque esto sea asombroso (¡cómo se reirían mis compañeros de Siberia!), ha nacido en mí algo como talento literario; a decir verdad, hasta ahora me limito únicamente a este «Diario»; pero más tarde tengo pensado algo más serio. ¡Sí, más serio!»

Se quita los lentes y mira pensativo, y vuelve a leer un poco más con voz contenida, que da impresión de misterio.

«Desde aquel día memorable (el enfriamiento me ha impedido salir; aquel día salí sin chanclos) no he vuelto a ver a D... He intentado escribirle, y confieso que tengo una carta escrita, pero no me atrevo a enviársela; una timidez ingenua, casi pueril, me ata la voluntad. ¿Ama al T...? Aquel día, a mi pregunta, respondió decididamente: «No». Pero, ¿fué aquella pregunta resultado de algún enojo provocado por la conducta indigna de él? De todos modos, con su inteligencia no es posi-

ble que deje de ver...» *Se quita los lentes.* «¡Dios mío, qué horror! ¡Sólo pensar en ello espanta!»

Se encoge como si tuviese frío, sonríe, mueve la cabeza, guarda el „Diario" y se mira con atención al espejo; se arregla. Se abre la puerta con ruido (el Estudiante viejo apenas tiene tiempo de dejar el espejo en su sitio), y entran los estudiantes Onofre, Blojin y Koslóf. Vienen cubiertos de nieve, con los abrigos desabrochados y las gorras en la nuca. De ellos se desprende la frescura de la noche helada, amplitud, alegría sin causa. La habitación se llena de ruido. No se quitan las abrigos; con estudiada seriedad se forman en fila.

ONOFRE. — Cobra capella; alto, Sergio, no pierdas el prestigio de la cobra capella. *Empieza a cantar.* El sabio Aristóteles... *Cantan los tres muy en serio.* El sabio Aristóteles, filósofo anti-

guo, la ropa vendió por un vaso de vino, un vaso de vino. Navegaba el príncipe de Orange por el río Po, por el río Po. A un astracanista le dijo en *bon mot*, le dijo en *bon mot*.

El Estudiante viejo, muy satisfecho, va de un lado a otro alegremente; pero al mismo tiempo se aparta con temor de los estudiantes, que exhalan frío.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Salud, muchachos! ¡Así, así! ¿Por qué *bon mot?* ¡Quitaos los abrigos, quitaos los abrigos!

ONOFRE. — ¿Hay te?, ¿hay limón?

ESTUDIANTE VIEJO. — Ahora mismo habrá de todo. ¡Quitaos los abrigos inmediatamente! ¡Mirad cuánta nieve traéis encima!

KOSLÓF. — ¿Qué te pasa, viejecito? ¿Estás malo? ¿Te duele la garganta?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Sí, un poco de influenza! Treinta y siete y cuatro décimas.

KOSLÓF. — A ver el pulso. *Cuenta con aire de*

profunda preocupación, moviendo los labios. El viejo Estudiante se aparta de él lo más que puede, procurando no respirar el aire frío. Onofre y Blojin se quitan los abrigos en la antesala, riéndose de algo. El pulso está bien. ¿Tienes el corazón en orden?

ESTUDIANTE VIEJO. — Tengo el corazón sano.

KOSLÓF. — Entonces toma unos cincuenta gramos de salicilato.

ESTUDIANTE VIEJO. — Pero, ¡quítate el abrigo, por amor de Dios! Sólo con acercarse a ti se enfría uno, doctor.

Onofre y Blojin, ambos entusiasmados, traen una gran langosta cocida y la colocan sobre la mesa.

ONOFRE. — ¡Langosta, de todo corazón!

BLOJIN. — ¡Langosta, con toda el alma!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Riendo*. ¡Ah, granujas, habéis traído una langosta! Está bien; mandar a buscar cerveza. Beberemos un poco, ¿verdad,

Onofre? ¡Ah, cuánto me alegra que hayáis venido, compañeros! ¡Estaba sentado aquí solo, y pensaba ahora mismo si alguien viniese, al ver la luz de mis ventanas! ¡Y aquí estáis!

ONOFRE. — No, no hace falta cerveza. Acabamos de beber en la cervecería alemana. Queremos te con limón; porque si bebemos cerveza, tememos caer en la monotonía.

KOSLÓF. — Venga el te, venga. Manda a buscar un limoncito.

ONOFRE. — Cuanto antes, mejor.

BLOJIN. — Pero yo... tomaría cerveza.

ONOFRE. — ¡Ea, ea! ¿Por qué ese antojo de cerveza? La cerveza, Sergio, engendra hidropesía. Venga el te, viejecillo.

ESTUDIANTE VIEJO. — Ahora mismo, ahora mismo. Habéis traído langosta... ¡Ah, cómicos!

Va hacia la antesala, abre la puerta y llama: „Kapitán, Kapitán". Encarga el te. Los estudiantes se miran.

KOSLÓF. — Está bien el cuarto de nuestro viejecillo. Tranquilo. Cuando me vaya a morir, me vendré aquí; no hay sitio mejor.

BLOJIN. — Ha... hace un ca... lor sofocante.

Quiere abrir el ventilador. Koslóf le detiene.

KOSLÓF. — Estate quieto, el viejecito está enfermo.

Onofre contempla la mesa, examinando las medicinas.

ONOFRE. — Sergio, huele aquí. ¿Qué es esto?

BLOJIN. — *Huele y tose.* Amoníaco. ¡Tener en casa semejante porquería!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Volviendo a entrar.* ¡Qué bien que hayáis venido! Estaba solo y aburrido, y de pronto... Muy bien. ¿Cómo van las cosas? Me alegro que todo haya terminado tan bien. Ya veo, Onofre, que has hecho las paces con Blojin.

BLOJIN. — ¡Si no habíamos reñido! Éste, que dijo en broma que yo no tengo alma...

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Hace mucho que no habéis visto a nuestras compañeras? ¿A Lilia?... ¿A Dina?... Yo no las he visto desde entonces.

KOSLÓF. — Hace mucho. ¿De quién es este retrato?

ESTUDIANTE VIEJO. — De Natacha, mi difunta mujer. Mirad más de cerca.

ONOFRE. — Sí, hermanos, se está muy bien aquí; da envidia. Orden, limpieza, apuntes de clase... ¡Así se vive! El entendimiento filosófico no puede abarcarlo, y no sale de su asombro. Mira, Koslóf, ¡qué bien clavaditos con chinches están los retratos de los escritores! Alegra el alma verlo.

ESTUDIANTE VIEJO. — Son mis autores favoritos. También en mi casa, en Siberia, tenía el despacho lleno de retratos puestos en marco. Estaba muy bien. Recuerdo que...

ONOFRE. — ¡También a ti hay que verte! ¡Mírale, Koslóf!

KOSLÓF. — Ya le veo, déjame. ¿Qué comes Sergio?

BLOJIN. — Queso.

KOSLÓF. — Trae acá.

Se come el queso en un momento.

ONOFRE. —Está aquí sentado como un santito, como una madona en cuadro de Rafael, como el Espíritu de Dios sobre el caos. ¡Le duele la gargantita, se ha puesto un pañuelito!... Mira qué bien se ha arreglado las puntitas! ¡Se ha quitado los zapatitos y se ha puesto las zapatillitas! ¡Eh! ¿Por qué no me duele a mí nunca la garganta? Deja que te dé un beso en esa cabeza de adormidera, viejecillo.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Ligeramente molesto.* Bueno, cállate, Onofre. Todo el mundo puede enfriarse. Ya te lo he pedido, Onofre, y a vosotros también: suprimid la palabra viejecillo. Aquí no se trata de cuántos años tiene cada uno...

BLOJIN. — Pero si lo decimos en broma. ¡Mira,

viejecillo, Koslóf se te ha comido todo el queso!...

Kapitán trae el samovar. El Estudiante viejo, mientras habla, prepara el te y lo sirve.

ESTUDIANTE VIEJO. — Gracias, Kapitán. Come salchichón, Sergio; le compro en la salchichería alemana; es muy bueno. No se trata de cuántos años...

KAPITÁN. — ¿Traigo un plato para la langosta?

ONOFRE. — No, una fuente. ¿Cuándo te ahorcas, Kapitán?

KAPITÁN. — *Tristemente.* Todavía no se ha hecho la cuerda para ahorcarme.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, Kapitán, no hace falta; no nos la vamos a comer. Sí, compañeros, no importan los años, sino la actitud del hombre frente a la vida... ¿Lo quieres más fuerte, Onofre? ¿Qué es la juventud, digo yo? La juventud es un concepto puro, acerca del cual caben muchos distingos...

ONOFRE. — Párteme salchichón, Koslóf.

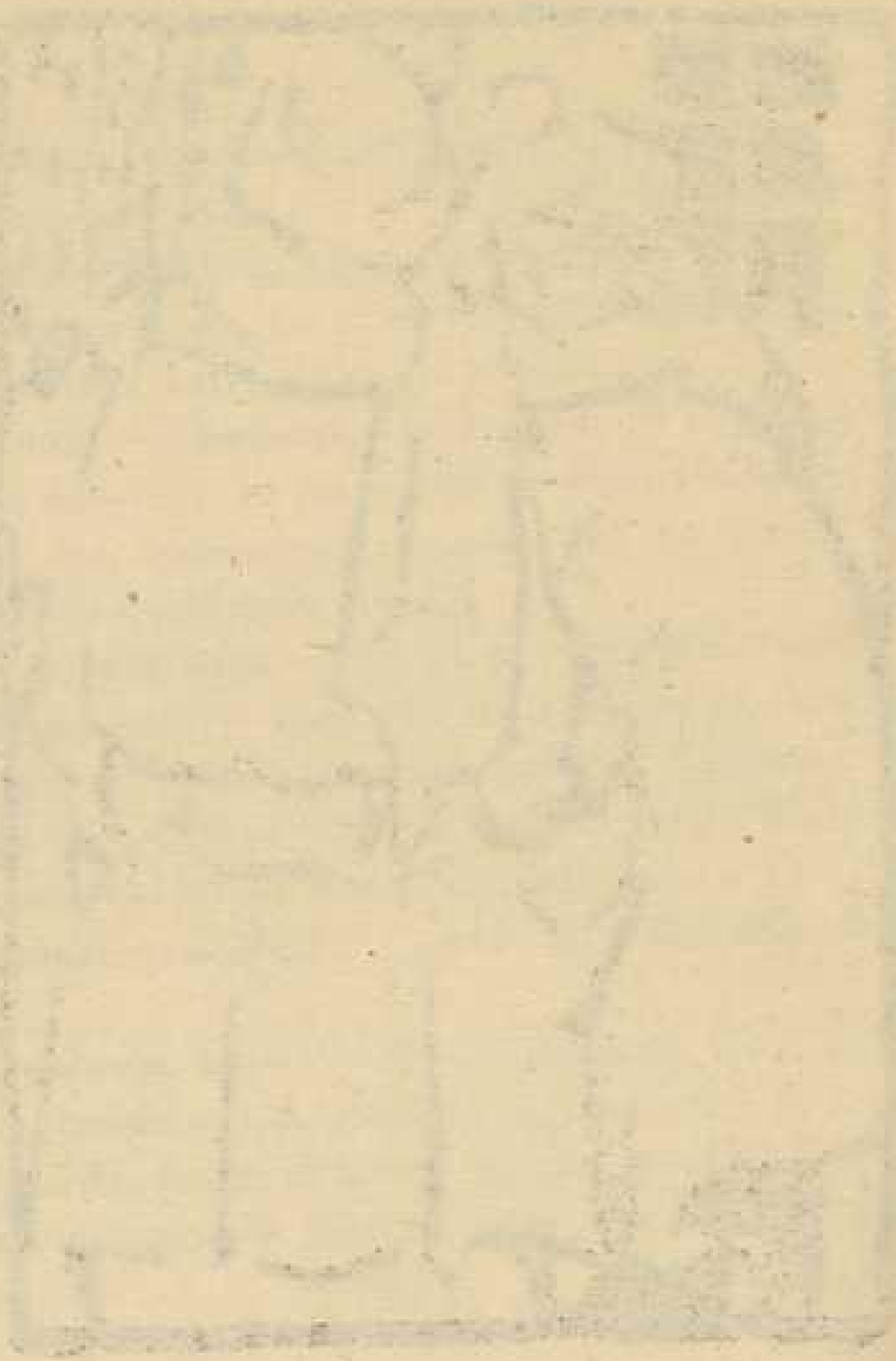
ESTUDIANTE VIEJO. — Y si en algunos casos basta mirar el pasaporte para decidir si un hombre es joven o no, en otros no es bastante. Hay que buscar el convencimiento en otra cosa...

ONOFRE. — *Comiendo salchichón.* El entendimiento filosófico busca puntos de vista sutiles, y cuando los encuentra se queda tan tranquilo. Dame más salchichón, Koslóf.

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí: yo, por ejemplo, hablo con Staméskin, ¿y qué? No me comprende. Y a vosotros, ¿pensáis que os comprende? Tampoco, aunque él es bastante joven. Y yo, el «viejecillo», ¡comprendo! Habéis traído una langosta...

ONOFRE. — Cállate, o nos la volvemos a llevar.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, ¡escúchame, Onofre! Habéis traído una langosta, y esto parece casi... sí, absurdo, hasta el punto de que vuestro Staméskin os llamaría idiotas; pero yo comprendo



que esto es juventud, manifestación de fuerzas juveniles y alegres, y me agrada.

KOSLÓF. — Sí, pero déjalo; te la hemos traído porque la hemos traído, y no hay más que hablar. Habla de otra cosa.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Riéndose.* No, no, hermanos. Esta langosta la disecaré y la pondré sobre la mesa, para que me recuerde uno de los mejores momentos de mi vida. *Se ríe.* ¡Sí, en serio, la disecaré y la colocaré!

ONOFRE. — Está bien... pero, ¡qué pesado es este anciano! Basta; no quiero más te, que da insomnio.

KOSLÓF. — ¿De modo que va a ser un monumento conmemorativo? ¿Dónde le vas a colocar?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Sobre la mesa, Koslóf, sobre la mesa!

BLOJIN. — Hay q... quien co... conserva flores disecadas; éste va a conserva... ar una la... angosta.

ONOFRE. — Déjame que me tumbe en el diván. *Bosteza.* Me ha entrado una pesadez en todo el cuerpo... No sé si será el salchichón o será tu elocuencia. Estás hoy muy charlatán, viejecillo.

KOSLÓF. — Eso es la fiebre. Mira cómo ha adelgazado; ponte en cura, abuelo.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Molesto.* ¡Qué tonterías! Ayer, efectivamente, no me sentía bien; pero hoy hasta tengo buena cara... Tomaré una infusión de frambuesas, y eso es todo... Y digo: tengo el alma joven, el corazón intacto; es lo esencial. Recuerdo que en Siberia los compañeros siempre se reían de mí. «¿Usted cuántos años tiene?» — me preguntaban —. Tantos. «Y nosotros creíamos que usted no tenía más que veinte. Este Pedro Kusmich es más joven que todos los jóvenes».

Se ríe.

KOSLÓF. — *Bosteza.* Sí, ¿dices que se reían?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Se reían! ¿Y por qué no se habían de reir? Eran hombres serios, positi-

vos; pero yo, ¡un soñador, un fantaseador! Recuerdo que una vez vino a visitarme un compañero, Tarasof, tan triste que daba lástima verle. «Va venir el gobernador — dijo —, y pobres de nosotros». Y me puse a aprender versos de memoria.

ONOFRE. — ¿Versos? ¿Para qué aprendías versos?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Riéndose.* Tarasof se enfadó. «A usted, Pedro Kusmich — dijo —, hay que llevarle a casa de locos. Va venir el gobernador y se pone a recitar versos». Recuerdo otra cosa... A ver, ¿dónde pasó? ¡Ah, sí! Iba yo a un asunto...

ONOFRE. — Pero cuánto recuerdas, viejecillo. ¿Sabes toda tu vida de memoria, o es que la inventas? Inventa, hijo, inventa, pero más corto. Sergio, si tú recordases tanto, ¿podrías con ello?

BLOJIN. — *Bosteza.* A ver, viejo, recita unos versos.

ESTUDIANTE VIEJO. — Si lo decís en serio y queréis escucharme, recitaré. ¿Qué preferís? ¿Shelley?

KOSLÓF. — *Aburrido.* No, no hacen falta versos; al diablo con ellos.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Es que no te gustan los versos? *Ligeramente irónico.* ¿Y eres todavía joven? ¡Ah, Koslóf, Koslóf! . . . La juventud es la poesía. Cuando el alma se eleva. . .

KOSLÓF. — No me gustan los versos.

ONOFRE. — A mí tampoco. ¿Chiquillos?

BLOJIN. — ¿Qué?

ONOFRE. — Vamos a casa de Konstantino, nuestro presidente.

KOSLÓF Y BLOJIN. — Es verdad; andando, hermano.

ONOFRE. — A ti, Sergio, te voy a ahogar en nieve. Te vas a acordar de haberme echado nieve por el cuello.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Alarmado y suplicante.*

Pero, ¿dónde vais? ¿Qué idea os ha dado? Esperad un poco. Me alegro que hayáis venido. ¿Qué vais a hacer en casa de Konstantino? Puede que no esté en casa. ¡Sentaos!

KOSLÓF. — No, tenemos que ir; nos espera.

BLOJIN. — Tenemos que ir; andando, criaturas.

ESTUDIANTE VIEJO. — Esperad; en seguida mando por cerveza. Vamos a cantar. ¿Cantamos, Sergio? *Empieza a cantar, haciendo una mueca porque le duele la garganta.* Aristóteles, el sabio... En seguida traen la cerveza.

ONOFRE. — *Deteniéndole.* No te molestes, viejecillo; no queremos.

KOSLÓF. — No la queremos, no. Nos vamos.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, no os dejo marchar. *Sale. Vuelve en seguida.* Kapitán, Kapitán.

Los estudiantes solos se sientan como aplastados, y se miran unos a otros perezosamente.

KOSLÓF. — Se empeñó. ¡Qué pelma!

ONOFRE. — ¿Qué hacemos? ¿Quedarnos o no? *Bosteza.* No sé qué hacer. Es violento, porque el viejecillo puede ofenderse. ¡Qué cosas suceden en la Naturaleza! Ha estado un día enfermo, y ha envejecido veinte años. ¡Ay, qué vida!

KOSLÓF. — Eso les pasa siempre a los viejos. Se sostienen, se sostienen, y de pronto... ¡cataplúm! *Bosteza.* Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos, o nos quedamos?

BLOJIN. — Podemos quedarnos, si os parece. Pero... más vale marcharnos, ¿no? Hace mucho calor aquí.

KOSLÓF. — ¡Sí, vamos, vámonos! Da lástima el viejecillo, pero, ¡qué le vamos a hacer! Ya está uno harto.

ONOFRE. — ¿Y la cerveza?

KOSLÓF. — ¡Que se vaya al diablo! Ya beberemos en casa de Konstantino; ayer le mandaron dinero de su casa.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Vuelve a entrar, alegre.*

Ahora mismo traen la cerveza. No penséis en marcharos... ¡No lo consiento! ¿Por qué estáis tan aplastados? Sentaos, hablaremos; os contaré algo de mis peregrinaciones por Siberia. No hay que reirse. Yo sé contar. Muchas veces se reunieron amigos, sólo para oir mis relatos. Si no, podemos cantar para que se os pase la tristeza. ¿Eh? ¿Cantamos?... Lástima que no sepáis canciones de Siberia... ¡Las hay maravillosas! Ahora me duele la garganta; si no, os las cantaría. A ti, Sergio, te gustarían de seguro.

KOSLÓF. — No te molestes, viejecillo; nos vamos.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡No lo consiento! ¡Ay, chiquillos! Si supierais qué voz tan dulce tenía mi Natacha. ¡No mucha, pero tan agradable, tan emocionada! ¡Y cuántas de estas canciones de Siberia sabía! En la posada de su padre... Esperad: ¿os he enseñado ya alguna vez el retrato de Natacha?

KOSLÓF. — Sí; ya le hemos visto, ya le hemos visto.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, ese no; tengo otro; aún no os lo he enseñado. En seguida le encuentro. *Busca en la mesa.* A decir verdad, Natacha no era lo que se dice hermosa, no mirándola a los ojos... Ahora mismo. La niña no se parecía a su madre, a pesar de que algunos aseguraban...

Llaman a la puerta. Entran el Tenor y Lilia. El Tenor, completamente borracho, pálido, con el capote desabrochado... desesperado. Lilia lleva el mismo abrigo de siempre. Viene agitada, casi llorando. Al ver al Tenor, los estudiantes se animan. Onofre se ríe.

KOSLÓF. — ¡Tenor! ¿Qué te pasa, hermano? ¿Estás borracho?

TENOR. — ¡Ja, ja, ja! ¡Borracho! Mirad, ¡el Tenor está borracho! ¡Ja, ja, ja!

LILIA. — *Con agitación.* ¡Ha comido nieve! Es

tan terco, tan terco... ¡Yo no puedo más! ¡Ah le tienen ustedes!

ONOFRE. — ¡Lilia! ¿Pero se ha emborrachado con nieve?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Muy secamente.* Alejandro Alejandrovich, ¿qué te pasa? ¿En qué has estado pensando? ¡No está bien, no está bien, hijo mío! Sergio, ayúdale a quitarse el abrigo... Yo temo enfriarme.

TENOR.— ¡Me lo puedo quitar yo solo! Déjame en paz.

Sale a la antesala.

LILIA. — Ya ven ustedes...

KOSLÓF. — El Tenor está borracho... ¡Se ha lucido con las precauciones!

ONOFRE. — ¿Dónde ha recogido usted a esta beldad fúnebre?

LILIA. — Atravesaba yo el bulevar, y pasaba él con el capote desabrochado y cantando, y me asusté por si se enfriaba; le quise llevar a su

casa, pero se empeñó en que fuéramos a la cervecería.

BLOJIN. — ¿A la cervecería alemana?

LILIA. — No sé; había una gentuza, se reían de mí aquellas mujerzotas, y él llorando. ¡En el bulebar comió nieve!

KOSLÓF. — Pero, ¿qué le pasa?

LILIA. — *Vacilando*. No sé... Un disgusto. *Juntando y apretando las manos.* ¡Dios mío! ¿Ustedes saben? Creo que ha perdido la voz. ¡Está tan ronco! ¡Ha comido nieve!

ONOFRE. — ¡Ya la encontrará! Quítate el abrigo, Lilia; descansa.

LILIA. — ¿Qué es eso? ¿Quién le ha dado a usted derecho a hablarme de tú? No soy una chiquilla, Onofre Nicolayevich... ¡Ni estoy borracha!

ONOFRE. — Tienes la nariz pequeñita, pero el alma como Iván el Grande en día de Pascua. Esa es la fuente del derecho sagrado, que...

LILIA. — ¡Calle usted ya!

TENOR. — Aquí estoy yo. ¡Ea, señor Koslóf, el de la voz de cabra!: ¿no te burlas ahora del Tenor? Mírale, no ha querido ir a la Asamblea por no perder la voz. ¡Ja, ja, ja! Fíjate, ya estoy ronco. *Trata de demostrar que está ronco. Koslóf le hace sentar y le sirve una taza de te. Lilia lleva a un lado al Estudiante viejo. ¡Vodka!*

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Para qué le ha traído usted aquí, Lilia? Me es muy desagradable.

LILIA. — ¿Dónde le iba a llevar? ¿Pero también está usted enfermo? Pobrecillo, ¿qué le pasa a usted? ¡Tiene usted tan mala cara!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Arreglándose.* No es nada. Es que molesta esa falta de carácter.

LILIA. — No es falta de carácter. ¡Si usted supiera qué pena tiene! *Bajando más la voz.* Voy ahora mismo a buscar a Dina; su casa no está lejos.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Cogiéndola la mano.* ¡De ningún modo! ¡Qué idea!

TENOR. — *Gritando. ¡Vodka!*

KOSLÓF. — No alborotes, Tenor... Ya has bebido bastante; lo que te falta lo beberás mañana.

LILIA. — *Asombrada.* ¿Por qué no?

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡De ninguna manera! Un chiquillo borracho... Puede ofenderla...

LILIA. — *Enfadada.* ¿Usted qué sabe? Voy ahora mismo, está aquí cerca. Está usted con él y no le dará usted *vodka*, ¿oye usted? ¡Es tan terco, es tan terco!...

Sale.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Lilia, espere usted!... Se ha marchado.

Anda agitado por la habitación. Desde este momento hasta la llegada de Dina está agresivo; se arregla el traje con frecuencia.

BLOJIN. — ¿Qué es esto? Déjalo. Te dicen que no hay *vodka;* nosotros mismos no hemos bebido nada. Es... tan bueno.

TENOR. — ¡Ja, ja, ja! ¡Me he bebido la voz! ¡Es-

cucha, estoy ronco! *Carraspea.* ¡Y qué voz tenía! Te daba envidia, ¿eh, Blojin?

BLOJIN. — *Tartamudeando.* Si yo tuviera una voz así, no sólo bebería, sino que... que... que...

TENOR. — *¡Vodka!*

ESTUDIANTE VIEJO. — *Severamente.* No hay *vodka*, Alejando Alejandrovich. Bebe te.

TENOR. — ¡Ja, ja, ja! Bébelo tú, viejo. Viejecillo enamorado, bebe te. ¡Ja, ja, ja!

ESTUDIANTE VIEJO. — No seas ridículo, Alejandro Alejandrovich. ¡No sabes conducirte!

ONOFRE. — Basta, Tenor.

TENOR. — Me fastidias, viejecillo. ¿A qué me ha traído aquí Lilia? ¡No quiero ir a casa del viejo! ¡Aquí estaba yo tumbado! Estoy ronco. ¿Dónde está Lilia? A Lilia la quiero. A ti, Koslóf, no te quiero; a ti, Onofre, tampoco te quiero; eres un borracho. Pero a ella sí la quiero.

ONOFRE. — Es verdad. ¿Dónde está Lilia? ¿Se ha marchado?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí. Dadle algo para que se serene. ¡Esto es imposible!

TENOR. — ¡Llame a Lilia, viejecillo! ¿Por qué me miráis así? ¿Es que me despreciáis? Muy mal hecho. El Tenor tenía un salchichón debajo de la almohada; el Tenor es un cobarde, no ha ido a la reunión, y el Tenor va y se bebe la voz. ¡Estoy ronco! Dame un cigarrillo, Onofre.

ONOFRE. — Es el último que me queda, y además tú no fumas; no presumas, Tenor.

TENOR. — Tengo una cajetilla en el capote; me fumaré la voz.

Sale a la antesala.

ESTUDIANTE VIEJO. — Señores, por favor, llévensele ustedes, o denle algo para que vuelva a la razón. ¡Esto es imposible! Ahora va a venir... Dina. ¡Sí, Dina!

ONOFRE. — ¡Ahí está el quid! *Se ríe a carcajadas.* ¿Oyes, Koslóf?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Arreglándose el traje.* No

hay por qué reirse. Está borracho, ha perdido la educación, y ustedes, como sus compañeros...

KOSLÓF. — ¿No decía yo que nos marchásemos, eh? Y ahora, además, va a haber una escena de familia. Sergio, coge la gorra...

ESTUDIANTE VIEJO. — *Cogiéndole del brazo.* ¡De ningún modo!

ONOFRE. — Le voy a dar tres gotas de amoníaco, y se queda como para enterrarle.

Vuelve a entrar el Tenor; trae en la mano una cajetilla rota. La deja caer, y los cigarrillos se desparraman.

TENOR. — Veinticinco duquesas se han caído.

Los recoge, ayudado por Blojin.

ONOFRE. — ¡Bebe, Tenor! ¡Abra la boquita!

TENOR. — ¿Qué es, *vodka?*

ONOFRE. — Bebe y lo verás.

TENOR. — *Bebe.* ¡Qué porquería! ¿Para qué me das amoníaco? ¿Quieres que me desemborrache? ¿Cómo es posible, si es el alma la que tengo bo-

zracha? ¡Uf, qué porquería! ¡Dame un fósforo!

ONOFRE. — Sí... ¿Qué decías, viejecillo, que tu mujer tenía muy buena voz? ¿Que cantaba canciones de Siberia? Muy interesante.

KOSLÓF. — Yo nunca he oído canciones de Siberia, pero deben ser muy bonitas.

TENOR. — El viejecillo ha olvidado a su mujer.

BLOJIN. — Cuenta, viejo.

ONOFRE. — Yo he oído decir que en el presidio se cantan canciones muy bonitas... Ahí tienes el te, Tenor. Y pienso... Cuánto has visto en éste, hijo mío. ¿Por qué no has traído notas? ¿Tu mujer no sabía escribir notas?

ESTUDIANTE VIEJO. — No, y os pido que no habléis de mi mujer ahora y en ese tono.

ONOFRE. — ¡Vaya, vaya! Me parece que eres tú el que has hablado de ella... Tu limoncito, Alejandro; estruja el limón, ahí le tienes.

TENOR. — Ya lo veo.

Entra alguien despacio en la antesala.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Temblándole las manos.* Parece... parece que han venido. En seguida vuelvo.

Va a la antesala. Se oye hablar en voz baja. Entra Dina Stern, vestida con una blusa, peinada sencillamente como para estar en casa; por lo visto ha venido a toda prisa. Pálida, pero completamente serena. Saluda. El Tenor se serena poco a poco.

DINA. — ¡Ah!, ¿está usted aquí, Alejandro Alejandrovich? Buenas noches. ¡Cuánto han fumado ustedes aquí! Si abrieran ustedes el montante...

KOSLÓF. — El viejecillo está un poco enfermo.

DINA. — *Con interés.* ¿Qué le pasa? ¿Se ha enfriado usted? De seguro que no se cuida usted, Pedro Kusmich; eso no puede ser. Si parece que tiene usted fiebre... Deme usted la mano. Claro

que sí. ¡No mucha, pero fiebre! Y le tiemblan a usted las manos.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Estrecha con sus dos manos la de Dina.* No sé cómo agradecer a usted su bondad, Dina. Cada vez que viene usted, trae luz a mi celda solitaria. Pero, ¿qué digo solitaria, teniendo compañeros como Onofre?...

BLOJIN. — Blojin...

KOSLÓF. — Koslóf.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Riéndose.* ¡Ya ve usted qué gente tan alegre! Con ellos no es posible aburrirse ni sentirse solo. ¿Sabe usted? Me han traído una langosta, y con todo el entusiasmo la han colocado sobre la mesa.

DINA. — *Que estaba mirando al Tenor, sorprendida.* ¿Qué langosta?

Blojin se ruboriza; Koslóf les mira severamente a él y a Onofre. El Tenor, tristemente, se va serenando, como si no oyese lo que hablan.

BLOJIN. — Miente, no le hemos traído lan... langosta ninguna.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Alegremente.* ¿Te retractas, Blojin? ¿Y por qué? ¡Mire usted, Dina, qué inmensa langosta! Quiero disecarla...

ONOFRE. — ¡Dios mío, qué amor! Yo te traeré un centenar de ellas, pero a ésta déjala en paz. ¡Devuélvenosla!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Riéndose.* No, no, Onofre; ahora ya es mía. ¡Quiero, Dina, disecarla y tenerla siempre sobre la mesa; será como un símbolo...

Se da cuenta, por fin, de que Dina no deja de mirar al Tenor, y se calla.

DINA. — ¿Por qué hace tanto tiempo que no ha ido usted a nuestra casa, Alejandro Alejandrovich? Mamá ha preguntado por usted; le quiere a usted tanto...

TENOR. — *Serenándose.* ¿Sí? *Tristemente.* Temía no encontrarla en casa.

DINA. — No, ella siempre está en casa. Señores, ¿dónde van ustedes?

KOSLÓF. — Vamos a casa de Konstantino, nuestro presidente. Nos está esperando.

DINA. — Esperen ustedes un poco, me alegro tanto de verles... ¿Recuerdan ustedes que la reunión es en mi casa? ¿Vendrá usted, Pedro Kusmich?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, iré. *Suplicando.* Espérate, Onofre.

ONOFRE. — No, hijo, ya estoy harto. Eres capaz de disecar a mi Blojin para ponerle encima de la mesa... como símbolo. ¡No estás tú mal símbolo!

ESTUDIANTE VIEJO. — Siéntate, Koslóf, te lo pido.

ONOFRE. — Adiós, Dina. ¡Eh, tú, tumba de Hamlet, adiós! ¿Estás ronco?

TENOR. — Estoy ronco.

DINA. — ¿Ya se van ustedes? ¡Quédense un

poco más!... Hasta la vista, Koslóf. No olvide usted la reunión. Onúchina me ha dicho que Staméskin prepara un paso decisivo contra... algunos miembros de nuestra familia... Venga usted también, Onofre.

TENOR. — *Levantándose.* Esperadme, voy con vosotros.

ONOFRE. — No llevamos el mismo camino; quédate. Esa gorra es la mía, Blojin.

DINA. — *Alarmada.* Siéntese usted, Alejandro Alejandrovich. Pedro Kusmich nos dará te. ¿Verdad, Pedro Kusmich? *En voz baja.* ¡Por favor, deténgalo usted!

ESTUDIANTE VIEJO. — Está bien... No, no, Alejandro Alejandrovich, no te dejo marchar. ¿Dónde vas? ¡Qué absurdo! *Suplicando en voz baja.* ¡Onofre, hijo, quédate con nosotros. ¡Yo no puedo... ya ves!

ONOFRE. — No quiero ver. ¡Adiós! Vamos, muchachos.

El Estudiante viejo sigue suplicando; sale detrás de los estudiantes a la antesala. Se ponen los abrigos. Llega rumor de risa contenida. Salen, y en el corredor cantan en voz alta: „César, hijo del Valor, y Pompeyo Hero, vendían espadas". En la habitación silencio breve.

DINA. — Vamos a mi casa, Alejandro Alejandrovich.

TENOR. — No, estoy borracho.

DINA. — Vamos, se lo ruego a usted.

TENOR. — No necesito la compasión de ustedes. ¡Gástela usted con quien la necesite! ¡Y yo... me iré a beber! ¡Ja, ja, ja! Estoy ronco. ¿Qué me mira usted así? Me desprecia usted, ¿no? ¡Cobarde!... ¡Arrivista! ¡Ja, ja, ja! ¡Váyase usted con sus paisanos! ¡Y a mí!...

DINA. — ¡Alejandro!

ESTUDIANTE VIEJO. — *En la puerta.* Dina, un

minuto... Permítame que me vaya un momento; no me encuentro bien.

DINA. — ¡No, no lo consiento! ¿No ve usted cómo está? Usted puede influir sobre él; le respeta a usted tanto...

ESTUDIANTE VIEJO. — Estorbo aquí. Me asombra, Dina, cómo después de lo que ha sucedido, usted se decide...

TENOR. — ¡*Vodka*, viejecillo!

DINA. — *Desesperada.* ¿Oye usted? Le suplico a usted que se quede. Si me quiere usted un poco... Después le explicaré a usted... ¡Ahora mismo, Alejandro Alejandrovich, ahora mismo!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Está bien, no hay *vodka;* Alejandro, todo está cerrado!

DINA. — ¿Para qué quiere beber? Corazón, no; se lo suplico a usted. ¡Qué cara! De seguro que no ha dormido en toda la noche. ¿Y qué ha hecho con la voz? ¡Está ronco! No puedo oir eso.

Se tapa la cara con las manos.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Dina, tranquilícese usted! ¡Esto pasará! ¡Eh, Alejandro!

TENOR. — He comido nieve.

DINA. — Es venganza, ¿eh? No esperaba de usted que se vengara usted de mí de esa manera. ¿Por qué?

TENOR. — *Apretándose la cabeza.* ¡Y una voz como aquélla! A veces cantaba yo solo, y alguien lloraba detrás de la puerta. Yo cantaba solo. ¡Ah, Dina, si me hubieses oído, hubieses comprendido lo que significa la voz de un hombre cuando reza y llora! ¡Porque no he cantado delante de ti! ¡Ah, Dina, aún no has tocado las cuerdas de mi alma! . . . Y como una salvaje das puñetazos en la caja del piano. ¡Como una salvaje!

DINA. — Eso no es verdad, hijo mío. De sobra sabe usted que no es verdad. ¡Son tonterías!

ESTUDIANTE VIEJO. — Tú. . . ¿Cómo consiente usted esto, Dina? ¡Eso es una grosería, Alejandro!

TENOR. — ¡Óyeme tú, viejo. Tengo un maestro grosero, malo, déspota, y me trata como un cochero: «Imbécil, tarugo... idiota!» ¡Y tengo que callarme!

DINA. *Ruborizándose.* ¡No debe usted consentirlo!

TENOR. — Tengo que callarme, porque no hay quien sepa música como él. Y me prohibe cantar... ¡Y si no, te marchas! Y hace un poco me dijo: «Canta un poco». Y canté, y él... pobre viejo, lloraba y decía: «¡Estúpido, me has conmovido!» ¿Comprendes? ¡Ja, ja, ja! Estoy ronco.

DINA. — *Casi llorando.* No diga usted eso. La voz volverá; esto es sólo un pequeño enfriamiento. ¡Ay! ¡Dígaselo usted, Pedro Kusmich!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡No puedo! ¡Líbreme usted de esto, Dina, de esta situación que me rebaja!

TENOR. — No, no volverá.

DINA. — No debe ni pensarlo.

ESTUDIANTE VIEJO. — Dina... ¿qué dice usted? ¡Yo... me marcho!

DINA. — ¡No, no! ¡En seguida se calma, ayúdeme usted!

TENOR. — ¡No, no volverá la voz! ¡No quiero! ¿Para qué? No me hace falta voz. Cantaré con voz ronca, pero con honra, como Koslóf. ¡Ja, ja, ja! ¡Quiero que me estimes! ¿La voz? ¡Mira!...

Abre el montante y se pone a respirar el aire helado. Dina, y después el Estudiante viejo, tiran de él. Él se resiste.

DINA. — ¡Alejandro, quítate de ahí! ¡No, no! ¡Dios mío! *El Tenor carraspea.* ¡Te quiero! ¡Vida mía! ¡Ten lástima de mí!

TENOR. — No, soy un cerdo y me está bien empleado. ¡Eso es!

DINA. — ¡Ay! ¡Ayúdeme usted, Pedro Kusmich! Está usted ahí hecho una estatua. Tire usted de él; yo sola no puedo.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Dina!... Es que a mí también me duele la garganta. Yo no estoy bueno. ¡Alejandro, basta! ¿Qué es esto? ¡Dios mío, Dios mío!

DINA. — ¡Sí, tire usted de él, Pedro Kusmich! Yo no tengo fuerzas. *Por fin consiguen apartar de la ventana al Tenor. Abrazándole.* ¡Amor mío, amor mío! ¡Ven ahora mismo a mi casa! ¡Tranquilízate, la voz volverá! Te lo prometo, créeme. ¡Amor mío, amor mío! ¡Qué tonto eres! Pedro Kusmich, dele usted un poco de agua. ¡Alejandro! ¿me oyes? Ahora mismo nos vamos a mi casa. No te dejo que vayas a otra parte.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Dándole agua.* Permítame usted ya que me marche.

DINA. — ¡Sí, sí, haga usted el favor!... Llame usted un coche; en seguida vamos nosotros. ¿Estás mejor, Alejandro? Bebe agua.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿A buscar un coche?

DINA. — ¡Sí, lo antes posible!

ESTUDIANTE VIEJO. — Está bien, mandaré al criado.

Sale. Dina besa al Tenor; éste echa la cabeza en las rodillas de ella y llora como un niño.

TENOR. — Dina Dinochka, ¿me quieres?

Dina. — *Llorando también.* ¡Te quiero, amor mío! ¡No llores!

TENOR. — No quiero ser un cerdo. Dina, todos quieren ir, y yo solo como un cerdo... Con mi dichosa voz... Me daba tanta pena, y no quiero, no quiero ser un cerdo.

DINA. — Eso no es nada. Todo se arreglará; te volverá la voz y estarás frente a ellos como un Dios. Te oirán, y comprenderán qué injustos han sido contigo y se inclinarán ante ti, genio mío.

TENOR. — ¡Dinochka! Si hay Asamblea, iré.

DINA. — Está bien, está bien; iremos los dos juntos. ¿No beberás más?

TENOR. — No; mírame, Dina... Tengo miedo.

DINA. — Mira lo que prometes... ¡Qué ojos tan encarnados tienes! ¡Ay, tonto mío!

TENOR. — Tú también los tienes.

Sonríen a medias, entre lágrimas. Se besan. Entra el Estudiante viejo y se detiene en el umbral. Al principio no le ven.

ESTUDIANTE VIEJO. — Ya está el coche.

DINA. — ¡Ah! ¿Ya está? *Se levanta.* ¿Oye usted, Alejandro Alejandrovich?

TENOR. — Oigo.

DINA. — ¡Ea, ea, vamos pronto! ¿Qué le pasa a usted, Alejandro Alejandrovich? ¡Parece que no puede usted levantarse!... De prisa. ¡Le agradezco a usted tanto, Pedro Kusmich! ¡Es usted tan buen amigo nuestro! ¿No se siente usted bien?... ¡Pobrecillo! Mire usted lo que tiene usted que hacer: tome usted ocho o diez gramos de salicilato...

ESTUDIANTE VIEJO. — Está bien, los tomaré.

DINA. — No está bien, sino... ¿Qué le pasa a usted, Alejandro Alejandrovich?

TENOR. — No te enfades conmigo, viejecillo; estaba borracho y he dicho tonterías. ¡Tú eres bueno! Adiós. ¡Qué ronco estoy!

Sale a la antesala.

DINA. — No, Pedro Kusmich, yo misma me pondré el abrigo. Ayúdele usted a él.

ESTUDIANTE VIEJO. — Esos son mis chanclos, Alejandro; ahí están los tuyos.

DINA. — ¿Listo? Levántese usted el cuello, así. Nada, nada, no sea usted terco; haga usted lo que se le dice... Adiós, Pedro Kusmich. Venga usted a verme, ¡le espero a usted! ¡Le estoy a usted tan agradecida!

ESTUDIANTE VIEJO. — Adiós.

DINA. — ¿No me da usted la mano?... ¿No quiere usted besarme la mano? ¿Eh?... ¡Que venga usted a verme! El brazo, Alejandro Alejandrovich.

Salen. El Estudiante viejo se queda solo. Durante algún tiempo mira inconsciente a la langosta... La tira al suelo, la pisotea con furia. Pero se avergüenza, y después de recoger la langosta, la echa con repulsión en la bandeja. Entra Kapitán con botellas.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Qué quiere usted? ¿A qué viene usted?

KAPITÁN. — Traigo la cerveza. Como yo estaba ocupado, ha ido Basilio...

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Qué cerveza? ¡Fuera, fuera, fuera!

TELÓN

CUARTO ACTO

Velada estudiantil en el local del Club de os Nobles.

Habitación que sirve de administración, pero al mismo tiempo «artística», alta de techo, con paredes blancas, con sólo una ventana, colgada con cortinajes blancos llenos de polvo. Habitualmente sirve para almacén de trastos sobrantes, y ahora, en un rincón de ella, están amontonados bancos y sillas rotas. Una percha de pie; en ella, y sobre las sillas, capotes de estudiantes. Luz en el techo, unas cuantas lamparillas eléctricas muy gastadas; pero el corredor, al cual conduce una puerta muy alta, que permanece abierta todo el tiempo, está inundado de clara luz blanca. Por este corredor aparecen los que están bailando. La parte musical de la velada ha terminado, y los artistas invitados se han marchado ya; ahora se baila en el salón. Con cortos intervalos suena música de baile; se oyen las voces de los que dirigen el baile. Se siente que allí hay alegría. En escena entran precipitadamente algunos estudiantes, a beber copitas de coñac, a fumar y a charlar; algunos entran con estudiantas, a las cuales hablan animadamente. Pero en este momento está silenciosa y casi desierta. Sentado a una mesa grande, sobre la cual hay vino, fiambres y pasteles, está Onofre, bebiendo a sorbitos una copa de coñac y ha-

blando en voz baja con Griñevich. En un rincón, en una mesita pintada, sobre la cual arde una bujía, Konstantino, Blojin y Kochetof cuentan dinero. Todos los estudiantes visten de levita, excepto Onofre, que lleva *tujurka*, y Blojin, que viste uniforme completo de estudiante; los que administran llevan en el ojal un distintivo encarnado, con el cual van muy orgullosos. Suena la música.

KOCHETOF. — *Cuenta.* Doscientos veinte, doscientos veintiuno, doscientos veintidós, y todo en rublos. Acerca ese dinero, Kostik.

KONSTANTINO. — Y por los programas, ¿se ha cobrado?

KOCHETOF. — Los programas se han vendido muy bien. Aquí está el dinero. El gobernador ha pagado diez rublos.

ONOFRE. — *Gritando.* Kostik, ven a tomar una copita; ¡refréscate! Y vosotros también.

KOSTIK. — No tengo tiempo... Dina está ven-

diendo muy bien el champagne. ¡Magnífica velada! Hace mucho tiempo que no ha habido otra igual en Starodubof. Mira qué rumbosos nuestros paisanos.

BLOJIN. — ¡Es Navidad!

KOCHETOF. — Dina sabe lo que se hace. ¡A uno de frac le ha sacado veinticinco rublos!... En este montoncito hay doscientos cincuenta rublos justos; apunta, Kostantino. ¿Quién ha comprado los sellos? ¡Otra vez faltan! ¡Nunca hay bastantes!

BLOJIN. — *Rebusca en todos los bolsillos, y de todos saca billetes y moneda menuda.* Grisenko tiene más, pero no sé cuánto. Hemos vendido tres veces los mismos billetes, y a pesar de esto nos han faltado, y muchos han tenido que entrar pagando y sin billete. A un estudiante le han dejado entrar por veinte kopekas... Espera, aquí hay otros tres rublos.

KOCHETOF. — ¿Y de contrabando, han entrado muchos?

BLOJIN. — He cogido *in fraganti* a dos estudiantes y una estudianta. Dijeron que no tenían dinero; querían bailar, y les he dejado.

KOCHETOF. — Ciento diez, ciento quince...

Siguen contando.

GRIÑEVICH. — ¡Ea, sirve otra copita!

ONOFRE. — Ya sabes que te hace daño. ¿No escandalizarás?

GRIÑEVICH. — No, hoy soy feliz.

ONOFRE. — Entonces, bebe. Las gentes felices pueden beber... Pues, como iba diciendo, me fuí a la aldea a ver a Glujortsef. Tú no le conoces; pero era bonísimo y me quería mucho. ¡A tu salud, Griñevich! Pensé, ¿por qué no ir? Descansaré en el silencio del paisaje de la aldea, bajo un ciprés azul...

GRIÑEVICH. — ¿Vive en Crimea?

ONOFRE. — No; vive en la provincia de Kursk, donde su mujer tiene fincas. No me interrumpas; lo de los cipreses es figura retórica, ¡tengo un es-

tilo tan elevado! Oye. Ahora bien: más me hubiese valido no ir, porque la realidad destruyó las bellezas que había imaginado. Estaba sentado a la mañanita en la terraza, como un plantador, tomando el te, y de pronto ella salió precipitadamente y empezó a...

GRIÑEVICH. — ¿Ella? ¿Quién?

ONOFRE.— La mujer, ¡esposa y madre!, y empezó a chillar: «¿Quién se ha comido los bollos? ¡que había cinco!» Y acababa yo de comerme el quinto, ¿comprendes?... Le sentía en el estómago como una rueda, y rodando, rodando sobre él, me volví a Moscou. ¡Vaya una gente! ¡Y era un buen hombre!

GRIÑEVICH. — También los hay buenos.

ONOFRE. — No; en cuanto soltó el uniforme de estudiante, desapareció como una visión. Se vuelven allí tontos. ¿Adónde vas? Toma una copita. No puedo con esa vida, porque soy escéptico y no puedo sufrir las porquerías.

GRIÑEVICH. — ¡A tu salud, Onofre!... En cambio nuestra gente es buena, hasta el mismo Staméskin. No le quieren; pero si bien se mira...

ONOFRE. — Staméskin es un hombre de oro, aunque un poco bárbaro. ¡Y Lilia! ¿Hay en el mundo alma como la suya? Es pequeña, pero tiene una elocuencia como un arzobispo: al que se lo merece, le elogia; al que se lo merece, le censura, ¡sí!... ¿Y Blojin?... Sergio, ven, toma una copita; estás rendido.

BLOJIN. — Déjame, no tengo tiempo.

ONOFRE. — Ya lo ves: no quiere venir, está contando el dinero. No, nunca saldré de la Universidad; habré vivido con mis compañeros y moriré con ellos. Soy un hombre solo; no tengo padre ni madre, ni los necesito. ¡Que se vayan al diablo! Y cuando me llamen a tomar el título, me tumbaré boca abajo en la dirección, y me moriré, pero no tocaré los papeles. Moriré muerte honrosa,

como soldado valiente. Oye cómo chilla Koslóf; también dirige. ¡Mírale qué guapo, eh!

GRIÑEVICH. — ¡Ea, me marcho!

ONOFRE. — Sí; anda, anda a divertirte. ¿Quién es esa estudianta que iba antes contigo? ¡Guapa chica! Baila con ella, baila, pero recuerda esto: el amor es un sentimiento perjudicial. ¡Ea, vete, vete!

Griñevich sale. Onofre, pensativo, bebe.

KOCHETOF. — Seis cientos cincuenta. Sí, en este montoncito... Y todavía falta lo del champagne.

ONOFRE. — ¡Eh, Blojin, ven aquí, bebe! Me muero en esta soledad.

BLOJIN. — *Se acerca con aire importante, y bebe.* No molestes; en seguida terminamos de contar.

ONOFRE. — ¡Qué caballero tan tacaño! Hablo en broma; cuenta, cuenta. Sergio, eres un chico inteligente, un matemático, un Pitágoras.

Koslóf entra bailando una mazurca con una estudianta, animado, alegre; en el pecho, además del distintivo, lleva flores; da dos o tres vueltas y a toda prisa se sirve una copita de coñac.

KOSLÓF. — Estás radiante, Onofre.

ONOFRE. — Estoy radiante, Koslóf.

LA ESTUDIANTA. — ¿Por qué no baila usted, Onofre Nikolayevich?

ONOFRE. — No sé. Y además, los filósofos no bailan. Bastante tienen con pensar.

LA ESTUDIANTA. — ¡Ea, vamos allí, que está muy alegre. Alejandro, tráigale usted. Vamos a bailar el rigodón.

KOSLÓF. — No vendrá.

ONOFRE. — Por naturaleza soy contemplativo, y el rigodón exige memoria y ejercicio muscular. Yo, desde aquí, como un astrónomo, lo veo todo, y hasta puedo profetizar. ¿Quiere usted?

LA ESTUDIANTA. — Sí, profetice usted, profetice. Eso es interesante.

ONOFRE. — Está bien. El domingo se citará usted con Koslóf en la calle de Boljorskoya. ¿Es verdad?

LA ESTUDIANTA. — ¡Qué gracia! Vámonos, Alejandro.

Bailando se alejan; en la puerta casi atropellan al Estudiante viejo. Tiene aspecto más joven, o por lo menos lo parece en la atmósfera del baile. Viene muy triste. Se detiene junto a la mesa, donde Onofre está silencioso.

ONOFRE. — ¿Ah, eres tú, hijo? ¿Por qué estás tan triste? ¡Anímate!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Por qué no vas al salón? ¡Allí están bailando!

ONOFRE. — Tengo que hacer. ¿Por qué no vas tú?

ESTUDIANTE VIEJO. — Todo el mundo me mira

de un modo desagradable. Casi todo el tiempo he pasado sentado en la tribuna de los coros.

ONOFRE. — ¡Y cómo no mirar a un caballero de aspecto tan fúnebre! No te aflijas, no te entristezcas, que eso echa a perder el color de la cara y llena el aire de microbios. ¡Despierta! Recoge todas las fuerzas de tu entendimiento y date cuenta de que el baile es también una realidad.

ESTUDIANTE VIEJO. — Por eso precisamente estoy triste, Onofre. ¡Sí, la realidad!

Unos cuantos estudiantes, que entran con ruido y risas, le separan de Onofre.

PETROVSKY. — *En voz alta, con susto fingido.* ¡Onofre, te llaman!

ONOFRE. — *Levantándose.* ¿Quién?

PETROVSKY. — ¡La vicegobernadora!... Quiere beber contigo, te está buscando por todo el salón.

ONOFRE. — *Sentándose.* ¡Vete al diablo! ¡La

vicegobernadora! ¿Cómo es posible que un hombre feliz diga semejantes gansadas? ¿Es que no se han marchado todavía?

UN ESTUDIANTE. — El gobernador se ha marchado hace rato; le han despedido Petrovsky y Koslóf. Ha dicho que iba muy contento de la velada.

OTRO ESTUDIANTE. — Estaba muy agradecido. Dame un cigarrillo.

PETROVSKY. — Hermanos, no se puede dejar entrar a tanta gente. No es posible bailar. Se aglomeran como las moscas al sol.

UN ESTUDIANTE. — Y a ti, ¿qué? Tú no bailas, estás de director.

PETROVSKY. — ¡Y cómo hacía el amor a Dina, eh!

KOSTIK. — *Acercándose y enderezándose.* ¿Quién? ¡Ah, diablo, he equivocado otra vez la cuenta! Blojin me confunde; a cada momento abre un bolsillo nuevo. ¿Quién hace el amor? Dame una copa, Onofre.

PETROVSKY. — El gobernador le ofreció flores. El Tenor resplandece como un caldero de cobre al sol.

ONOFRE. — Bebe, bebe, Konstantino; te lo has ganado. ¿Van bien las cuentas?... Perfectamente. Ya me lo figuraba. Blojin te apoyará; Blojin no te traicionará, le conozco.

KOSTIK. — *Bebe.* Tu Blojin se equivoca muchas veces.

ONOFRE. — No le maltrates.

KOSTIK. — *Al Estudiante viejo.* ¿Por qué estás triste? ¿Por qué bajas la cabeza? ¿Sabes cuánta ganancia nos queda? Mil ciento o mil doscientos. ¡Ya ves!

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí, es mucho.

KOSTIK. — ¡Mucho! ¡No sólo mucho! ¡Un capital!

ONOFRE. — Konstantino, no le molestes; no se encuentra bien; la realidad le pone enfermo.

KOSTIK. — *Separándose.* ¡Qué tontería! ¡No le hagas caso, viejo!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo.* ¿Qué enfermedad es esa? ¿Es peligrosa?

ONOFRE. — Muy peligrosa. Casi tanto como la lepra. El hombre se cubre de hechos, le salen los dientes y sueña con el ictiosaurio.

ESTUDIANTE VIEJO. — Está bien. ¿Y la vejez, es un hecho o no? Piénsalo, Onofre.

Quiere marcharse.

ONOFRE. — ¡Qué ansia de vida tienes, viejecillo!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Y tú no?

Se va al salón.

ONOFRE. — Se marchó... ¡Otra vez estoy solo, mundo maldito! ¡Ea, discutidores, acercaos. ¿De qué se trata?

GRITSENKO. — No lo sé. Segal que alborota.

SEGAL. — ¿Cómo que no sabes? Lo sabes muy bien. ¡Si no sabéis bailar, más vale que no bailéis! Otra vez te has equivocado en la tercera figura.

GRITSENKO. — ¡Es tan difícil!

SEGAL. — Si es tan difícil, no bailes. ¿Qué te ocurrió? Tu pareja buscándote por todo el salón, y tú bailando con otro que no tenía nada que ver contigo. Eso no puede ser. Necesitas un guía.

ONOFRE. — Eso es hasta inmoral. Gritsenko, ¿tú has sido capaz de semejante cosa?

GRITSENKO. — Pero si es tan difícil...

Risas. Entra Lilia con dos estudiantas paisanas suyas. Lilia con una blusita barata, muy alegre.

LILIA. — ¡Ay, qué noche! ¡Mira dónde se han reunido! ¿Cuánto se gana? ¡Nunca hemos tenido una velada como ésta!

BLOJIN. — *Desde lejos.* Mi... mil doscientas.

LILIA. — ¿De veras? ¡No es posible! ¡Mil doscientas! ¡Uy, uy, uy! ¡Eso es un éxito! ¿Habéis oído?

ONOFRE. — ¡Ah, Lilia, Lilincha, Lilia de mi alma! Acércate, Lilia; siéntate a mi lado.

LILIA. — ¿Por qué no ha ido usted a la sala siquiera un momento? Yo creía que iba usted a ir.

ONOFRE. — ¿Estás contenta, Lilia? ¡Sí, diviértete, diviértete, descansa! ¡Qué maja te has puesto hoy! ¡Eres la zarina del baile, Lilia!... ¡Ay, encanto mío!

LILIA. — *Ruborizándose.* Otra vez quiere usted reirse de mí; eso no está bien, Onofre Nikolayevich. Es una porquería.

ONOFRE. — *Sinceramente.* Palabra de honor: eres una beldad y tú misma no lo sabes. Claro que tienes la nariz como un botón, pero va en gustos. No hay ley fundamental sobre ese punto. ¿No es verdad, Lilia? Venga esa mano, la besaré.

LILIA. — ¡Qué tonterías! A mí nunca me besan la mano.

ONOFRE. — *Besándola.* ¡Porque son unos asnos! Para ellos no hay más que Dina, Dina... Y yo a la tal Dina no la puedo ver.

LILIA. — ¡Ay, no diga usted eso! ¡No sé qué

hacer, no comprendo! He estado más de una hora sentada en la tribuna del coro con el Estudiante viejo, y casi me ha hecho llorar.

ONOFRE. — ¿Siempre su Dulcinea?

LILIA. — No ha hablado nada de ella. Pero miraba de un modo, sonreía de un modo, que yo no podía sufrir. Se me partía el alma. Y ella, en cambio, está hoy como loca... ¿Qué le ha pasado? Coquetea, a todos los trastorna, la siguen todos como un rebaño... Onofre, tú que eres tan bueno, si quisieras mimarle un poco, ¡está tan solo!

ONOFRE. — *Tristemente.* ¡Vaya por Dios!... ¡Haz el favor de no querer a todo el mundo, Lilia! ¡Eso no puede ser! Guarda aunque sea un poco de cariño...

LILIA. — ¿Para quién?

ONOFRE. — *En voz baja.* Para mí; yo también estoy solo.

LILIA. — *Riéndose.* ¿Tú?

ONOFRE. — *También riendo.* Claro que sí. *Significativamente.* ¡Lilia!

LILIA. — ¿Qué hay?

ONOFRE. — ¡Lilia!

LILIA. — ¿Qué hay? *Enfadada y riéndose.* ¡Ay, qué tonterías dices!

ONOFRE. — *Riéndose beatíficamente.* Pero si no he dicho nada; tú te lo dices todo.

LILIA. — *Levantándose.* ¡Ay! ¿Por qué no sabré yo bailar? ¡Con qué ganas bailaría!

La música toca una „lesguinka", y Lilia da unos cuantos pasos como si bailara.

PETROVSKY. — Mirad, mirad. Lilia bailando. Vierochka y yo.

Risas, exclamaciones: „¡Muy bien, Lilia!"

ONOFRE. — *Levantándose.* ¡Paso, paso libre!

UN ESTUDIANTE. — ¿Dónde vas?

ONOFRE. — ¡A bailar! Petrovsky, llama a la vicegobernadora.

Grandes risas. Los estudiantes palmotean marcando el compás. Onofre y Lilia bailan un baile absurdo, que quiere parecerse a una „lesguinka". Entran Konstantino y otros. Voces de „¡Blojin, Blojin!". Blojin entra violentamente y toma parte en la danza. Entra el Estudiante viejo, sin que nadie repare en él; mira desde lejos a los que bailan, con sonrisa triste. Terminan de bailar. Ruido alegre.

ONOFRE. — *Soplando.* ¡Vaya lo que hemos trabajado! Se evaporó todo el coñac. Hay que volver a empezar.

BLOJIN. — *Soplando.* No engordes, Onofre. Mírate en este espejo.

Señalándose a sí mismo. Entra corriendo un estudiante.

ESTUDIANTE. — Señores, ¿qué hacen ustedes aquí? Vengan ustedes al salón y vean: Dina está

bailando con un circasiano. Eso es bailar. Todos se les quedan mirando.

Todos salen con ruido y risas.

LILIA. — *Saliendo.* ¿A qué tienes tú que llamar a la vicegobernadora? ¡Cuidado!

Se quedan solos Kochetof y Konstantino, que vuelven a ocuparse de su caja; Onofre y el Estudiante viejo. Onofre sigue con la vista beatificamente a Lilia.

ONOFRE. — ¡Vicegobernadora! Mira lo que dice la chiquilla. ¡Vicegobernadora! *Reparando en el Estudiante viejo.* Eso es que se burla de mí; viejecillo, ¿has oído? ¿Pero de veras no estás alegre? Siéntate; te acuerdas de cosas viejas. Algo le has contado a Lilia.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sentándose.* Sí, viejas y nuevas. Dime, Onofre, hoy has bebido fuerte, y mañana estarás bien y sereno.

ONOFRE. — Si mañana no vuelvo a beber, estaré sereno. ¿A qué viene eso?

ESTUDIANTE VIEJO. — Y yo, si bebo tres copitas, mañana estaré todo el día enfermo; tendré que estar en la cama. Y dime, Onofre... si lees una vez la lección, ¿recuerdas algo de ella?

ONOFRE. — Si la leo, claro que me acuerdo; lo malo es que no tengo tiempo de leerla. Tengo tres lecciones: dos las he dejado en Moscou; pero me ha salido aquí un discípulo durante las fiestas. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Es que te interesa mi persona, o llevas otra intención? Dímelo francamente.

ESTUDIANTE VIEJO. — Hablo en general, Onofre; me separo de vosotros.

ONOFRE. — ¿Dónde vas?

ESTUDIANTE VIEJO. — Me marcho.

ONOFRE. — Pero, ¿dónde? ¡No me trastornes la cabeza, por amor de Dios! ¿Dónde te marchas?

ESTUDIANTE VIEJO. — Aquí estoy de más. Todos estáis en vuestros sitios, pero yo sobro... Sí, y también en la vida parece que estoy de más. Me contaron una vez una anécdota histórica de un

centinela: la emperatriz Catalina le puso a guardar una flor de primavera, una violeta, y se olvidó de relevarle. Y ya no había flor y ya no existía la emperatriz, y él seguía en pie con el fusil y guardaba el lugar vacío, y no se atrevía a marcharse. Así me pasa a mí.

ONOFRE. — Nadie está de más; eso te lo han contado, y tú te lo has creído. Somos demasiado pocos, ¡y tú dices que sobras!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Y cuántos centinelas como ese están desparramados por el mundo! . . . Ya no existe lo que guardaban, lo que el destino les mandó custodiar, y allí continúan con el fusil siempre. ¡Héroes!

ONOFRE. — Estás trastornado; por eso no dices más que tonterías. Lírica, suspiros del corazón. ¡Uy, da rabia hasta mirarte!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Trastornado, eh? *Se ríe.* ¿No te gustaría tener un buen empleo? Puedo proporcionártelo.

ONOFRE. — ¿Y para qué lo necesito? Puedo beber todo lo que quiero, tengo tres lecciones, soy hombre de posibles... y puedo casarme si quiero... Pero el amor... ¡es un sentimiento perjudicial, muy perjudicial!

KONSTANTINO. — *En voz alta.* ¡Ea, se acabó el trabajo! Deja eso, Kochetof.

ONOFRE. — ¿Dónde vas, viejecillo? Siéntate.

ESTUDIANTE VIEJO. — No, voy al salón.

Se marcha.

KONSTANTINO. — *Bebe.* Mañana terminaremos. Esto es un lío de mil demonios. Bebe, Kochetof; lo has ganado con tu trabajo.

KOCHETOF. — No quiero. Más valdrá que vaya a ver qué hacen por ahí. *Desperezándose.* Me duele la espalda. *La música toca un vals triste y suave.* ¿Te quedas tú aquí, Onofre? Toma el dinero, mientras yo me voy, pero no armes líos. Lo de este bolsillo está sin contar.

Arregla el dinero en los bolsillos.

KONSTANTINO. — No te muevas. Ahora eres la caja.

ONOFRE. — ¿Y si me rompen?

KOCHETOF. — ¡Ea, vámonos, Kostik!

Salen. Durante algún tiempo, Onofre, solo en escena, va de un lado a otro muy satisfecho. Entran Griñevich y Pankratief, profesor del Instituto, que viene bastante bebido; Griñevich le trae amistosamente cogido por la cintura. Detrás de ellos, como una sombra, aparece el Estudiante viejo.

GRIÑEVICH. — ¡Ea, una copita, sólo una copita, Andrés Ivanovich!

PANKRATIEF. — No, no puedo. Griñevich, ya he bebido hoy bastante. Siempre me emborracho en vuestras veladas estudiantiles.

GRIÑEVICH. — ¡Sólo una! Usted nos quiere a nosotros, estudiantes. Recuerde usted cuántas veces me ha puesto malas notas. Por culpa de

usted, a poco tengo que repetir año en el séptimo curso. ¿No se acuerda usted?

PANKRATIEF. — Bueno... pero sólo una... No, no recuerdo. Yo, hermano, no recuerdo nada. ¿Yo a usted malas notas? Bueno, el diablo me lleve. Noy no vuelvo a mi casa.

GRIÑEVICH. — ¿Y adónde va usted a ir?

PANKRATIEF. — No lo sé. Écheme usted otra Es sabroso este coñac.

ONOFRE. — ¿Y de mí, se acuerda usted, Andrés Ivanovich? Hace ya mucho tiempo.

PANKRATIEF. — *Mirándole fijamente.* No, no recuerdo. ¿También a usted le ponía malas notas?

ONOFRE. — Las peores.

PANKRATIEF. — ¡Oh! ¿Y está usted tan gordo?

GRIÑEVICH. — La copita espera, Andrés Ivanovich.

Bebe.

PANKRATIEF. — Oiga usted, Griñevich, ¿cómo no ha salido usted un granuja?

GRIÑEVICH. — No lo sé. Nunca es tarde.

PANKRATIEF. — ¿Usted cree? *Se queda pensativo y habla conmovido.* ¡Ea, Dios te bendiga! Ven que te abrazo, te quiero mucho.

Bailando entran Dina y Koslóf. Éste hace sentar a Dina en el único sillón que hay cerca del proscenio, y él se dirige a la mesa.

KOSLÓF. — ¿Queda algo de coñac?

Bebe, brindando con el profesor, y habla con él. Dina, en traje blanco de baile, con los ojos brillantes, embriagada de su propia belleza y por la lisonja de sus admiradores; a ratos se nota en ella algo que es casi locura. Respira jadeante; se abanica. Ve al Estudiante viejo.

DINA. — ¡Pedro Kusmich! ¿Está aquí? ¡Acérquese usted! ¿Dónde ha estado usted, que en toda la noche no le he visto? ¿Por qué está usted tan triste?

ESTUDIANTE VIEJO. — Estuve en el coro, contemplando cómo bailaba la juventud.

DINA. — ¡La juventud!... ¡Ay, cómo me late el corazón! Parece que se me va a saltar. *Le coge la mano.* ¿Pero qué le pasa a usted?... ¡Está usted como fuera de sí! ¡Tiene usted una mirada tan triste!... ¡Dígame usted qué le pasa! ¡Dígame usted!

ESTUDIANTE VIEJO. — No se puede ser tan hermosa; es casi pecado, Dina.

DINA. — ¿Tan hermosa soy? Me lo dicen, pero no lo creo. ¿Oye usted ese vals? Es mi vals predilecto. ¡Pero no mire usted así! Me da tristeza. *Habla muy tristemente.* ¿Por qué en los bailes hay siempre tanta tristeza?

ESTUDIANTE VIEJO. — Me marcho de aquí, Dina.

DINA. — ¿Adónde?

KOSLÓF. — *Se acerca y habla casi duramente.* Dina, hace usted el favor...

DINA. — ¿Ya? Y yo que no he descansado to-

davía. ¡Qué implacable es usted! ¡Ea, vamos! *Al Estudiante viejo, en voz baja.* Vuelvo en seguida. *En voz alta.* Guárdeme usted el abanico.

Salen bailando. El Estudiante viejo mira en derredor suyo con desasosiego y se aparta a un rincón y pasea con agitación junto a los que están sentados allí. Con las dos manos aprieta el abanico.

PANKRATIEF. — ¿Con quién está ella? ¿Es de los vuestros?

GRIÑEVICH. — Silencio, Andrés Ivanovich; es el Estudiante viejo... aquél, ya usted sabe.

PANKRATIEF. — ¡Ah, sí, aquél! *Le mira y hace un ademán de desprecio.* ¡Estúpido!

GRIÑEVICH. — Calle usted, Andrés Ivanovich.

Entra rápidamente Lilia.

LILIA. — Onofre, vengo a buscarte, es imposible; allí se está tan bien, tan alegre... *Tristemente.* ¿También está usted aquí, Pedro Kusmich? ¡Ahora mismo le he visto en la sala!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sin mirarla, bruscamente.* Sí, estoy aquí.

PANKRATIEF. — Lléveme usted a mi casa, Griñevich. Cójame usted del brazo... sosténgame usted más fuerte... así, así. Bonita velada... ¿Cuánto han sacado ustedes?

Salen.

ONOFRE. — ¿Has venido a buscarme, Lillucha? Puede que no haya sido a mí, ¿eh?

LILIA. — A ti... ¿Quiere usted una pera, Pedro Kusmich? Se la pelaré a usted. Cómasela usted. ¿De quién es ese abanico tan bonito?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Bruscamente.* De Dina.

LILIA. — ¡Ah! ¡De Dina! Sí, sí, de Dina. Y Dina está bailando en el salón... ¿No le parece a usted?... ¡Ay, no!... ¿No te parece, Onofre, que Dina... ha cambiado mucho? A mí no me gusta.

El Estudiante viejo no oye, y pasea con desasosiego.

LILIA. — *En voz baja.* ¿Qué le pasa, Onofre? ¿Ha ocurrido algo?

ONOFRE. — Hasta ahora, no. El amor es un sentimiento dañino, Lillucha. No me ames nunca; sería capaz de volverme loco.

LILIA. — ¡No digas eso! Espera, ¿qué has dicho? ¡Mamarracho!

Entra Dina.

DINA. — ¡Ah, qué cansada estoy! ¿Está usted aquí todavía, Pedro Kusmich? Péleme usted una pera, tengo sed... Se me ha secado la garganta.

LILIA. — *Enfadada.* Aquí hay una, pelada. ¿No la quiere usted?

DINA. — Gracias, Lillucha. ¡Qué bonita estás hoy! ¿Por qué no llevas siempre esta cintita?

LILIA. — ¡Vámonos ya, Onofre Nikolayevich! No puedo ver esto: estás sentado aquí como Buda. ¡En toda la noche no has ido al salón ni siquiera una vez!

DINA. — ¡Ah, este vals! ¿Le oye usted, Pedro Kusmich?

ONOFRE. — *Se levanta resignadamente.* Ya voy.

LILIA. — ¡Sí, sí, ya voy! ¡Dame el brazo.

Salen.

DINA. — ¡Qué buena es esta Lilluchа! ¡Y cuánto la quiero! ¿Dónde está mi abanico? ¡¡Ah, sí!, le tiene usted, démelo usted... ¿Por qué me mira usted? ¿Estoy encarnada?

ESTUDIANTE VIEJO. — Están tocando el vals que a usted tanto le gusta... Vaya usted.

DINA. — No, estoy cansada, y ya me fastidia bailar. Siéntese usted más cerca. *Le coge la mano.* ¡Qué mano tan bonita tiene usted!... ¿Se quiere usted marchar?

Música. Silencio.

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí.

. . . . . .

DINA. — ¿Lo ha decidido usted?

ESTUDIANTE VIEJO. — Sí.

. . . . . .

DINA. — *En voz baja.* No hay por qué.

. . . . . .

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Es usted feliz, Dina?

DINA. — No puedo ser feliz.

. . . . . .

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Está usted enamorada?

. . . . . .

DINA. — No sé... ¿Su mujer de usted era bonita?

. . . . . .

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿A qué viene esto, Dina?

DINA. — *Levantándose.* ¡Ay, no sé! Tenga usted un momento mi abanico. *Se arregla el cabello.* Me voy.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Quiere que la acompañe?

DINA. — No. ¿Irá usted a mi casa a despedirse?

ESTUDIANTE VIEJO. — No. Adiós.

DINA. — Adiós.

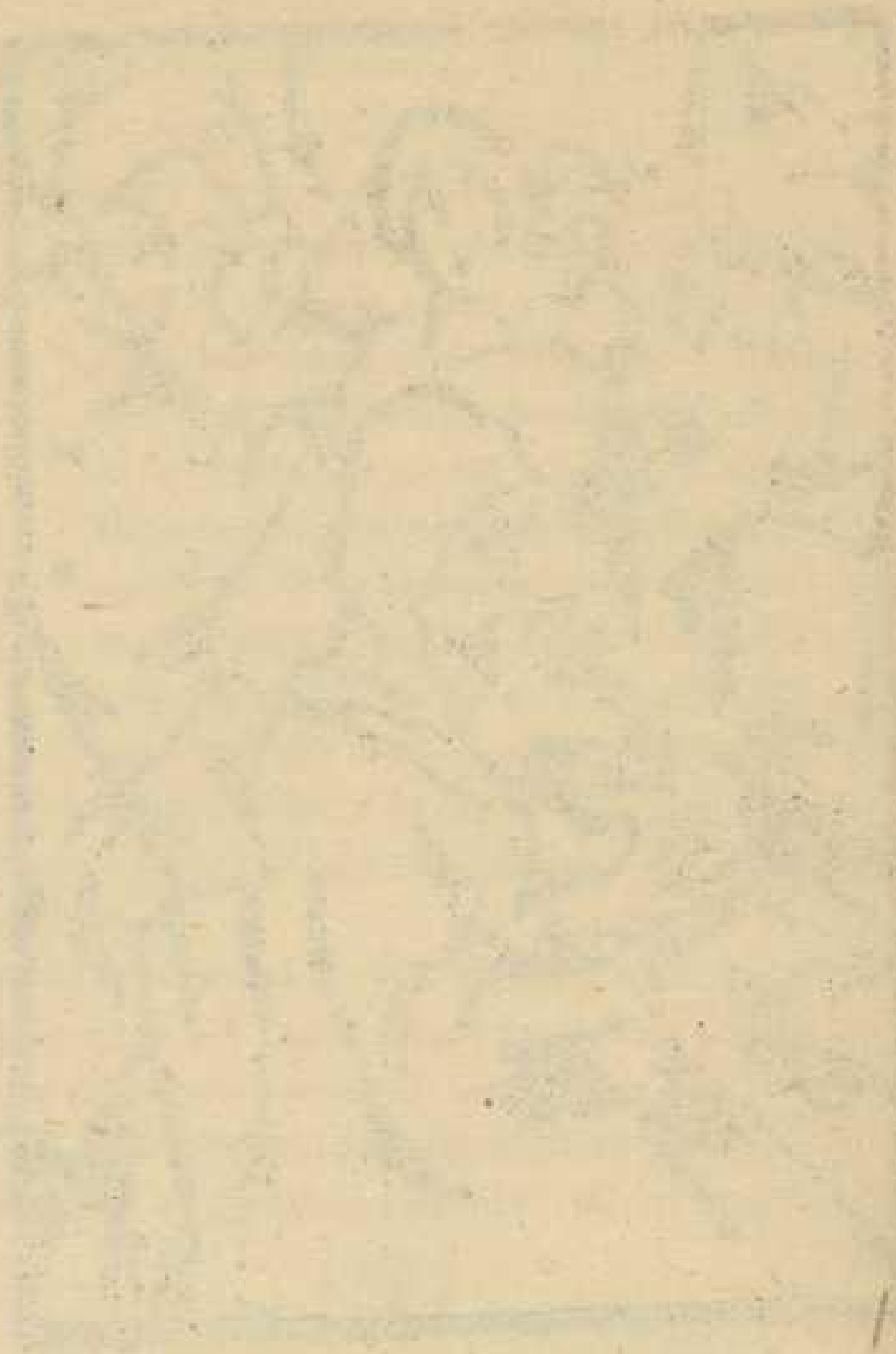
ESTUDIANTE VIEJO. — Dina...

Dina, sin volver la cabeza, sale. El Estudiante viejo la sigue con la vista; después da unos cuantos paseos rápidos por la habitación, sonriendo de un modo extraño. Se sienta junto a la mesa y deja caer a cabeza sobre los brazos. Se oyen los últimos sones del vals triste y suave, bajo el cual soñaba tan beatíficamente Onofre. Entra en silencio Lilia, y pone las dos manos sobre los hombros del Estudiante viejo.

LILIA. — Pedro Kusmich, querido, no hay por qué estar así.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Es usted, Lilia? *Sin mirarla, le coge las manos y se las besa.* ¡Ay, pasó la vida! ¡Pasó y no vuelve!

LILIA. — *Llorando.* ¿Quieres? Te voy a hablar de tú. ¿No somos compañeros? ¡Querido! ¡Po-



brecito mío! ¡Te compadezco con todo el corazón! ¡Ea! ¡No estés así, no estés así!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Crees que estoy llorando? No, no lloro. *Levanta la cabeza.* ¡Mírame!

LILIA. — ¡Pobrecito mío! No merece que sufras por ella. Hazme caso siquiera una vez en la vida. Más vale que te acuerdes de Natacha; hoy has hablado de ella también...

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Calla, Lilia! Dos años, día y noche, he pasado diciendo al olvido: ¡Ven, ven!, ¡y no venía! Y ahora digo al recuerdo: ¡Vuelve, vuelve!... ¡y no quiere volver! ¡Y no me acuerdo de nada!

LILIA. — ¡Pero si hoy mismo has dicho!...

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo.* ¡Mentía, Lillucha, mentía! ¡He mentido todo este tiempo! ¿Cómo puedo pasar siquiera un día sin mentir?... ¿O es que no sabes tú cuál es mi verdad, la verdad de esta cabeza cana, de estas rodillas temblorosas, de este corazón gastado? ¡Ay, Lilia!

¡Como un fanfarrón necio desafié al Destino, y aquí me tienes aplastado a sus pies!... ¡Ni siquiera soy digno de lástima, ni siquiera de lástima! ¿Quién va a compadecerse de semejante insensato? ¡Tal vez sólo tú, corazoncito mío piadoso, y también un poco insensato. ¿Me compadeces, Lilia?

LILIA. — Te compadezco. También yo llegaré a ser vieja...

ESTUDIANTE VIEJO. — *Sonriendo*. Me quieres consolar, pero tú misma no lo crees: ¡seré viejo! ¿Sientes, Lilia, cómo huele aquí a flores y a hierba de primavera? ¡Fíjate, fíjate! ¡A flores y a heno!

LILIA. — Es perfume. Es Dina, que se perfuma así.

ESTUDIANTE VIEJO. — *Se ríe*. ¡Perfumes! ¡Ay, Lilia, tonta!, ¿acaso no ves el sol sobre tu cabeza? ¿Piensas que es la luz de las lámparas?... Confiésalo... Cada otoño, Lilia, los árboles pierden millares de hojas, y ya toda la tierra estaría cu-

bierta con ellas como con una manta gruesa y vieja, y no habría lugar para los vivos... si no desapareciesen sin dejar huellas. ¡Así desapareceré yo, hoja seca, gastada, triste, que ha despertado neciamente a la primavera en medio de la hierba joven y verde! ¡No debes compadecerme, sino pisotearme, Lilia!

LILIA. — ¿Qué estás diciendo? Lo que te pasa es que Dina te ha atormentado... Hoy es mala, hoy hasta yo la tengo miedo.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Dina? ¿La has encontrado cuando salía de aquí? ¿Has visto que tiene los labios llenos de sangre? ¡Calla, calla, no hay que hablar de esto, no sea que oiga y vuelva aquí! ¡Que piense que me he muerto! ¡A los muertos no se les ama!

LILIA. — ¿Qué dices? ¡No te entiendo! ¿Por qué me asustas? ¡Suéltame la mano... me haces daño!... ¡Tranquilízate!

ESTUDIANTE VIEJO. — *Levantándose.* ¡Dios mío,

Dios mío! ¡Qué hermosa es la vida, qué hermosa! Onofre decía hoy: «¡Ay, viejecillo, qué ansioso eres de vida!» ¿Y él no lo es? ¿Y tú, Lilia? ¡Queridos míos, amigos míos, quédese mi amor con vosotros, y yo... me iré muy lejos! ¡No he conseguido nada con mentir; iré a inclinarme ante la verdad! ¡Cógeme, sujétame, átame con cadenas de hierro! *Se ríe.* ¡Porque si no volveré a escapar! ¡Ea, sonríe, Lilia, buena compañera mía!... Va a venir en seguida Onofre, y... ¡Ea, Lilia!, y... Pero, ¿qué más?

LILIA. — *Exaltada.* No esperaba de ningún modo que hablases así... ¡Qué tontería! ¡Ea, gracias a Dios que te has sonreído como una persona! Aunque eso no es verdad, y no me hace falta que venga Onofre: el amor es un sentimiento dañino. ¿No lo crees?... *Ambos se ríen.* ¡Dios mío! ¡Cómo se va a asombrar Onofre, cuando oiga que te hablo de tú! ¡Pero eres tan bueno! Espera. ¿No has dicho que no ibas a llorar? ¿Por

qué me has engañado? Y yo, tonta de mí, te lo he creído. ¡Vamos, vamos!

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Una lagrimita, sólo una, Lilia, sólo una! ¡Mira, ya sonríes!

LILIA. — ¡Calla, que vienen los nuestros! *Le coge de la mano.* ¡Ahora serás siempre mi amigo! Mira, bésame ahora que no lo ve Onofre, porque se volvería loco. *Se besan.* ¡Ajajá! ¡No lo ha visto nadie!

Entra ruidosamente Onofre, y con él un grupo de estudiantes, entre ellos Konstantino, Kochetof, el Tenor y otros varios. El Estudiante viejo se aparta a un lado. Ruido alegre, exclamaciones.

ONOFRE. — ¡Otra vez a nuestra tierra! ¡Qué silencio hay aquí, Sergio, qué aire! No, no volveré a meterme en este jaleo; no hay más que barullo, barullo, barullo, y todos bailan como condenados. ¡Eh! ¿Quién se ha bebido mi coñac? Había tres veces más.

KOCHETOF. — Otra vez ha faltado champagne. ¿Qué costaba haber traído unas cuantas botellas más, que después se podían haber devuelto? Petrovsky tiene la culpa; el diablo se le lleve.

KONSTANTINO. — Después contaremos, Kochetof. Ya es tarde.

KOCHETOF. — No, no, lo del champagne hay que contarlo. ¡Eh, tú, caja de caudales, ábrete!

Busca en los bolsillos de Onofre.

ONOFRE. — *Levanta las manos, en una de las cuales tiene una botella.* ¿Es esto uno de los engaños del entendimiento filosófico, que confunde las ideas de la sed y volumen? La sed, ¿es tres veces más grande, o la botella tres veces más chica?... He aquí la pregunta maldita.

BLOJIN. — Adopto un compromiso: la sed es más grande y la botella más chica. ¡Ea, escancia, escancia!

ONOFRE. — Es verdad. ¡Qué listo eres, Sergio! Eso es por mi influencia. ¡Sergio, vamos a fundar

una escuela, tomaremos discípulos!. . . ¡Eh, sepulcro de Hamlet! ¿Estás ronco?

TENOR. — ¡Ja, ja, ja! Onofre está borracho. ¿Sabes que hoy voy a cantar?

ESTUDIANTE VIEJO. — *Acercándose.* Alejandro Alejandrovich, dos palabras, si tienes un minuto.

Se apartan.

LILIA. — Y yo me sentaré aquí contigo, Onofre. ¿Sabes? Ha resultado mucho mejor de lo que yo esperaba.

Le habla en voz baja.

ESTUDIANTE VIEJO. — Mañana, Alejandro, me vuelvo. . . a Moscou. No sé si podré verte otra vez antes de marchar, y por si acaso, quiero felicitarte una vez más y estrecharte la mano.

TENOR. — Gracias, viejecillo. ¿Te ha visto ya Dina?. . .

ESTUDIANTE VIEJO. — ¿Qué?

TENOR. — Mañana nos vamos ella y yo a Crimea.

ESTUDIANTE VIEJO. — ¡Ah! ¡A buscar las flores de primavera! Allí empieza pronto la primavera. ¡Flores primaverales!

TENOR. — No lo sé, nunca he estado allí. Tengo que decirte que su papaíto nos ha echado de casa; así es que no vamos a viajar por lujo. Claro que no será en serio, y Dina cree que el papaíto irá en persona a buscarnos. Es un viejo muy original. Ja... Ja... Ja. Pero, entretanto, dinero, fi... u. *Silba.* ¿Has oído? Hoy canto en el coro; lo ha mandado Dina.

ESTUDIANTE VIEJO. — Escucha, Alejandro, ¿no quieres que te preste dinero? Es el caso que...

Continúa hablando en voz baja. Entra rápidamente Petrovsky.

PETROVSKY. — Ea, amigos, sálvese el que pueda. Ha llegado Staméskin, y viene aquí, os está buscando.

KOSTIK. — Bueno, ¿y qué? ¡El diablo se lo lleve!

ONOFRE. — Protesto.

KOSTIK. — *Inquieto.* Ofrezcámosle te o cualquier cosa. Pero si no toma te. Kochetof, ¿qué te parece?

ONOFRE. — Mis ojos no le pueden ver, mis oídos no le pueden oir, mi nariz no le puede oler, como dice Salomón en el *Cantar de los cantares.* Hacedme el favor, hijos míos: hoy no nos hace falta Staméskin. Hoy no puedo sufrir todo esto...

PETROVSKY. — No viene, era mentira.

Todos se rien. En el salón ha cesado la música, pero el público aún no se ha marchado. Llega un rumor confuso y alegre; se oyen algunas voces.

VOCES. — ¿Te has asustado, Onofre? Eso es que la vicegobernadora...

— Se le ha despertado la conciencia.

— Mira, mira: Onofre se ha quedado mudo.

KOSTIK. — Si vuelves a gastar semejante bro-

ma, te abro la cabeza. ¿Por qué molestas con estas tonterías, cuando está uno ocupado, majadero?

PETROVSKY. — Sí, he mentido. ¡Ea, se acaba el baile! ¡Qué cansado estoy, hermanos!

KOSTIK. — *Murmurando.* Claro está que has mentido.

UNA VOZ. — Señores, al salón. Se ha terminado. ¿Que hacéis aquí sentados?

OTRA VOZ. — Demos las gracias a todos. Pero, ¡qué bárbaro es este Onofre! ¡No ha dejado ni el fondo de la botella! Su inteligencia matemática todo lo agota.

UN ESTUDIANTE. — Petrovsky, al ofrecer las flores a la gobernadora, se ha enredado en el sable, y a poco se cae encima de ella y le da con la cabeza en la tripa.

Exclamaciones y cantos. Entra muy enfadado Koslóf.

KOSLÓF. — Señores, ¿qué es esto? ¿No es una

porquería? Estáis aquí sentados como viejas en el asilo. ¡Allí están gritando, piden que se cante *Gaudeamus;* ahora mismo van a apagar la electricidad; tendremos que cantar a obscuras, diablos!

BLOJIN. — Vamos, este Onofre siempre está sentado...

KOSLÓF. — Tenor, ¿qué ha sido de ti, hermano? Te he buscado en el coro y por todas partes, y tú...

TENOR. — Estoy listo.

El ruido aumenta en el salón; entre risas y voces, los estudiantes se van al salón.

LILIA. — Vamos, Pedro Kusmich, quiero que tú también cantes.

ONOFRE. — ¿Tú? ¿Qué es eso?

VOCES. — Llevaos a Onofre.

— ¿Para qué diablos le queremos? No es ni fu ni fa.

— No importa, no importa; llevadle, llevadle; servirá de adorno.

Se llevan arrastrando a Onofre hacia el salón.

ONOFRE. — *Volviéndose.* ¡Ea, tú! Aunque tú tengas la nariz griega, yo también la tengo...

ESTUDIANTE VIEJO. — Ahora voy yo. Anda tú, Lilia.

LILIA. — No, no te dejo. Dame la mano.

Salen todos. Se queda solo Griñevich, que va andando muy despacio, porque está demasiado borracho; escurre hasta el fondo las botellas, una tras otra; se convence de que están vacías y echa a correr hacia el salón. En el salón, fuertes rumores. Un momento la escena vacía. Entra rápidamente el Estudiante viejo y va al rincón apartado, donde sobre los bancos están amontonados capotes de estudiantes y abrigos de pieles. Las lámparas del techo se apagan. Por lo visto, en el salón se ha apagado también

la electricidad; queda sólo encendida la bujía que está sobre la mesa. Silencio, y después el coro de voces jóvenes de hombres y mujeres canta en voz alta, segura y fuerte:

Gaudeamus igitur,
juvenes dum sumus.
Post jucundam juventutem...

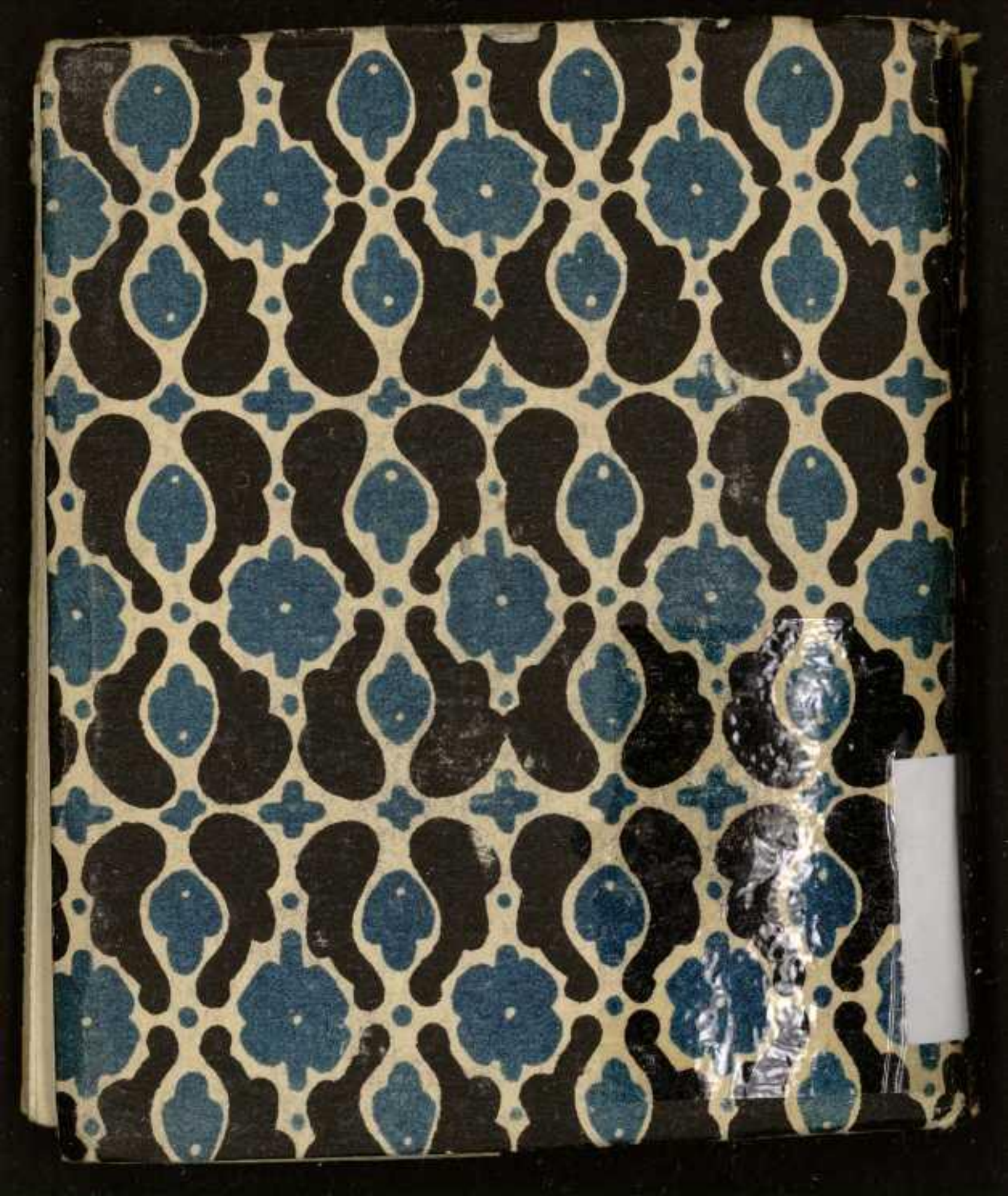
El Estudiante viejo se deja caer, escondiendo la cara entre las pieles, y llora en silencio.

Post molestam senectutem,
Nos habebit humus.
Ubi sunt, qui ante nos
In hoc mundo fuere...

TELÓN

Tipografía Artística
Cervantes, 28. Madrid

B.P. de Soria
61178609
DR 6130



DR
6130